AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

26

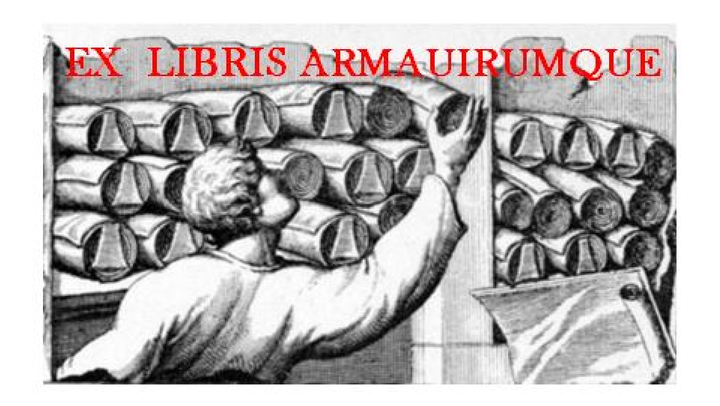
GRECIA



GRECIA EN LA PRIMERA MITAD DEL S. IV



GRECIA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-29280-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-390-0 (Tomo XXVI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

GRECIA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO IV

F. J. Fernández Nieto



Introducción

La derrota de Atenas y la liquidación de su imperio marítimo pusieron término a la Guerra del Peloponeso en el año 404, pero en la práctica dieron paso a una serie de problemas políticos, militares, sociales y económicos capaces de configurar los siguientes cuarenta años como una época inmersa en reformas y trastornos, que no son sino el agravamiento de aquellas condiciones que la guerra consiguió aplazar, mas no resolver. Si al cerrarse la paz de Nicias (421) los dos principales beligerantes, Atenas y Esparta, habían restablecido una situación de igualdad relativamente aceptable para sus intereses y sus aliados, el resultado final de la contienda destruyó el equilibrio trabajosamente modelado a lo largo del siglo V: por una parte Esparta, la gran beneficiaria de la victoria, no sabrá reconstruir ni en Atenas ni en el resto de las ciudades jonias una autonomía efectiva, no será capaz de anular la influencia e intervención de los persas y cederá a la tentación de sustituir el antiguo dominio ateniense por el suyo propio; con ello favorecerá, por otro lado, que la mayor parte de los griegos se apliquen sin descanso a la tarea de levantar nuevos y más costosos sistemas de defensa, que consumen las energías políticas e importantes medios económicos de casi todos los estados.

Pero a la inestabilidad general y política se suman los efectos de los cambios producidos por la intensidad y duración de la Guerra. La extensión paulatina de la miseria, que se ceba sobre todo en el campesinado, y la necesidad de incrementar los ingresos del estado para atender tanto una labor social de asistencia pública como a los compromisos externos —contribución pecuniaria o militar en las alianzas, contratación de mercenarios, sueldos de los combatientes— obligaron a acentuar la presión sobre propietarios, comerciantes y artesanos y fueron causa de no pocas conmociones sociales (revueltas, confiscaciones, destierros). Como es natural, las instituciones públicas reflejaron de inmediato los distintos cambios operados en la sociedad; mas el apego a la tradición o el interés por preservar estructuras favorables a determinados grupos sociales producen, dentro de las innovaciones institucionales, tanto resultados sin duda originales como formas de conveniencia que eluden arbitrar la tensión popular.

El siglo V, que comienza con los sucesos de las Guerras Médicas y la división entre los griegos a raíz de las mismas, cierra su ciclo con los últimos episodios de este conflicto, dirimidos en el campo de batalla, y con el desmantelamiento del poderío ate-

Indice

niense. Pero de este modo parece haberse quebrado también la continuidad de una época marcada por el sello del clasicismo o, por expresarlo con los mismos términos que los griegos del siglo IV, dueña de un pasado glorioso, imposible de reconstruir, cuyos ejemplos sirven como paradigma o medida a la situación del momento; de ahí deriva el que una de las formas de considerar la historia de la primera mitad del siglo IV esté dominada por la perspectiva de la ruptura, decadencia o crisis respecto al «esplendor» del siglo anterior.

Sin embargo, no es en absoluto correcto interpretar el siglo IV como un período que vive aferrado a las ideas de restauración de las antiguas formas políticas —la búsqueda de los *patrios politeia*— y que no ha producido ninguna institución duradera de cierta importancia, pues desde la victoria de Filipo II en Queronea (338) y, en especial, a partir de la expedición de Alejandro cuatro años más tarde se desarrollaron significativas novedades políticas, sociales y económicas que configuran los sistemas propios de la Grecia helenística (monarquías/ciudades). Y esta realidad condiciona a menudo otro modo de abordar la historia del siglo IV, a saber, un período de transición cuya importancia radica en que preludia y modela los elementos sociopolíticos que se han definido como característicos del Helenismo; si con su actuación al término de la Guerra del Peloponeso y los vínculos que anuda con determinadas ciudades el general espartano Lisandro anticipa ya los principales rasgos de los caudillos helenísticos, no resulta difícil comprender que muchos historiadores hayan trazado un puente sobre la primera mitad del siglo IV para enlazar la supuesta descomposición de la Grecia clásica con el nacimiento del mundo helenístico.

Estas dos actitudes frente al siglo IV (apéndice en declive del siglo V/años de preparación del Helenismo) no deben impedirnos considerar este medio siglo anterior a Filipo de Macedonia como una época con sentido propio —la de los grandes esfuerzos por la autonomía e identidad de los estados griegos— y que sabe armonizar la evolución social con los distintos cambios constitucionales. Pero además la historia del siglo IV no acaba en los griegos peninsulares ni del Egeo, pues muchas de las comunidades de Asia Menor contribuyeron continuamente a encauzar la respuesta de los sátrapas persas por los caminos de la negociación y de la estabilidad, mientras que entre los griegos de Occidente sobresale el poderío de Siracusa, cuya hegemonía creció sobre la derrota de la expedición ateniense (413), gobernada por la firme personalidad del tirano Dionisio I y de sus sucesores.

Escultura del templo de Asclepios en Epidauro
(380 a. C.) Museo Nacional de Atenas



I. La Grecia continental (404-362)

1. La hegemonía espartana

Finalizada la Guerra del Peloponeso muy pocos estados griegos mostraron su conformidad con Esparta y la política que había emprendido, puesto que la victoria sobre Atenas no les había proporcionado casi ninguna ventaja y sí grandes inconvenientes. En lugar de garantizar la autonomía de las ciudades griegas, como era su promesa, los lacedemonios habían levantado un dominio todavía más rígido que el de Atenas por medio de Lisandro. En efecto, desde algún tiempo antes de la batalla de Egospótamos el general espartano comenzó una política marítima, con la ayuda financiera de Persia, que consistía en dotar a su país de una poderosa flota capaz de disputar a los atenienses los enclaves más importantes de Asia Menor (Jonia y los estrechos), en donde obtenían sus últimos medios de resistencia, y esta línea de acción la complementó sustituyendo la hegemonía de la liga marítima por el control espartano en todas aquellas localidades que dejaron de pertenecer a la órbita ateniense.

Lisandro expulsó a los partidarios de Atenas e instaló en cada ciudad una comisión de oligarcas afectos a su causa integrada por diez individuos -las llamadas *decarquías*- así como guarniciones de soldados espartanos a las órdenes de un comandante o gobernador militar, denominado *harmosta* (es decir, encargado de asegurar ese régimen). Por este método de imponer constituciones oligárquicas y vigilar *manu militari* su observancia y mantenimiento Lisandro había procurado a Esparta la obediencia de miles de griegos, pero el odio y la repulsa que generó fueron similares a la merecida por los atenienses cuando hicieron de la liga marítima un instrumento propio.

El procedimiento seguido con Atenas no fue muy distinto. Como en el tratado de 404 que regulaba la rendición nada se había señalado acerca de la forma de gobierno futura, era evidente que los atenienses podían mantener su constitución tradicional, el conjunto de normas políticas vigentes desde generaciones atrás; probablemente en las conversaciones previas al tratado los espartanos habían tranquilizado a los atenienses sobre este punto. Sin embargo, los grupos oligárquicos de Atenas poseían una idea muy peculiar sobre cuál era esta *patrios politeia*, a la que deseaban privar de gran parte de los órganos nacidos en el siglo V durante la democracia, de forma que para imponer su criterio a la Asamblea buscaron el apoyo de Lisandro; en presencia del general espartano los ciudadanos tuvieron que aprobar un decreto por el que se

designaba una comisión constituyente de treinta personas, elegidas en tres grupos de diez (dos de los cuales quedaron por completo en manos de la oligarquía). En el fondo, Lisandro había consentido un comprormiso para instaurar tres decarquías con distinto talante conservador.

Después de ocupar con sus partidarios el Consejo y las magistraturas obtuvieron de los espartanos el envío de una guarnición de 700 soldados, mandada asimismo por un harmosta. Lo sucedido a partir de este momento en Atenas puede ilustrar de forma bastante fidedigna, como en otras ocasiones, qué tipo de poder ejercieron tales oligarquías en todo el mundo griego; pues los *treinta tiranos*, como popularmente se les conocía, no satisfechos con generalizar las proscripciones hasta una cifra de quinientos ciudadanos defensores de las instituciones democráticas y con desposeer de sus fortunas a un cierto número de ricos metecos, acentuaron el terror estableciendo una restringida lista de tres mil ciudadanos, únicos antenienses a quienes se reconocían derechos civiles y políticos; la condena a muerte afectó incluso a políticos que, como Teramenes, fueron colaboradores de los Treinta. Ante la gravedad de tales excesos y considerando el malestar dominante entre la población, algunos de los demócratas que habían escapado de Atenas -paradójicamente encontraron refugio en ciudades aliadas de Esparta, como Megara y Tebas- decidieron pasar a la acción.

Trasíbulo llegó desde Tebas con setenta atenienses y ocupó el puesto de File, sobre el monte Parnes, de donde los Treinta no lograron expulsarlos. Allí acogieron a otros muchos desterrados o fugitivos de Atenas, incluso esclavados y metecos, y en número de mil avanzaron sobre el Pireo, que cayó en sus manos al igual que el fuerte de Muniquia; en la lucha murieron, junto a destacados oligarcas, algunos de los espartanos de guarnición en la Acrópois. La victoria de Trasíbulo condujo a una situación verdaderamente anómala: mientras se libra de una guerra de barricadas entre el Pireo y Atenas, los Tres Mil derrocaron a los Treinta y los reemplazaron por otra comisión de diez miembros con funciones asimismo constituyentes; a raíz de esta decisión el grupo de los Treinta, al que siguieron algunos oligarcas más, se retiraron a Eleusis y crearon allí una entidad política independiente —que duró hasta el año 401/400, en que se fusionaron de nuevo con sus antiguos conciudadanos—. Es así como el estado ateniense comenzó el año 403, dividido en tres comunidades hostiles entre sí, cada una de las cuales ocupaba un territorio distinto del Atica.

Y aunque Lisandro quiso favorecer en esta lucha a los oligarcas de Eleusis, el estado espartano fue persuadido por el rey Pausanias para intervenir oficialmente y no dejar el asunto en manos del primero. Pausanias condujo hasta Atenas a un ejército de la liga peloponesia a comienzos del verano del 403 y, después de frenar los ataques de la gente del Pireo, en septiembre logró que la negociación entre ambos bandos desembocase en una reconciliación; se promulgó además una amnistía de carácter general —de la que simbólicamente se excluyó a medio centenar de oligarcas refugiados en Eleusis, entre ellos a los Treinta— y se permitió a los más disconformes retirarse, si lo deseaban, a la ciudad independiente de Eleusis. En cuanto el ejército de Pausanias abandonó el Ática la Asamblea ateniense restableció las instituciones democráticas.

Problemas de la política espartana

Al finalizar el siglo V el dominio instaurado por los lacedemonios en Grecia había provocado, como hemos visto en el apartado anterior, una serie

de trastrornos de imprevisibles consecuencias, a la vez que comprometía seriamente la imagen que de Esparta poseían muchos griegos. Las numerosas «hazañas» de Lisandro, obsesionado en asegurar la presencia espartana en todo el Egeo y en defender el gobierno de las cruentas oligarquías, desataron continuas reclamaciones contra la violencia amparada por los espartanos, aún más insufrible, se alegaba, que la de los regímenes adictos en el pasado a Atenas. Sin embargo, las autoridades espartanas habían tomado ya conciencia de los peligros de esta forma de hegemonía y frente a los partidarios de la política egea de Lisandro se alzaban quienes entendían que el papel tradicional de Esparta debía circunscribirse al Peloponeso y al cumplimiento de la política de alianzas.

Aunque tarde, la primera reacción espartana consistió en suprimir las decarquías instaladas por Lisandro; con ello se procuraba no sólo acallar las quejas de la opinión pública griega, sino también eliminar buena parte del poder personal de Lisandro —la excesiva independencia de sus generales no agradaba nada a los lacedemonios— y poner freno al debilitamiento militar de Laconia y el Peloponeso por la continua instalación de guarniciones en tantos lugares de Grecia. Esta última era, en efecto, una de las tres graves cuestiones que debía resolver el gobierno espartano: sumando los casi dos mil espartiatas o ciudadanos de pleno derecho a los «hipomeiones» o espartanos de categoría cívica inferior «neodamodas y *mothakes*», más una parte de los periecos e hilotas, se obtenían unos efectivos militares francamente insuficientes para establecer un sistema de dominio que reemplazaba, en buena medida, al ateniense (cuya población movilizable había sido diez veces superior a la de Esparta). La contratación de tropas mercenarias creaba la carga adicional de hacerse con los recursos económicos precisos para sufragarlas, lo que no podía efectuarse a costa de otros griegos sin avivar los mismos rencores que levantó el imperio ateniense.

El segundo obstáculo que se interponía ante Esparta provenía de las abiertas diferencias que mantenían Corinto y Tebas respecto a la hegemonía lacedemonia. Estos dos miembros de la alianza espartana, sin duda los de mayor peso, habían modificado ostensiblemente su actitud; si en 404 fueron los dos aliados de Esparta que de forma más insistente aconsejaron la destrucción de Atenas, al ver rechazados sus deseos se mostraron reacios a toda colaboración: no reconocieron el tratado firmado con Atenas e impidieron por varios medios que Esparta controlase por completo a la ciudad vencida a través del gobierno oligárquico (y de la guarnición) que estableció Lisandro. Fueron los beocios, además de Megara, los que auxiliaron a los demócratas atenienses que regresarían a derribar a los Treinta y quienes junto con los corintios se negaron a participar en la expedición confederal contra el Ática dirigida por el rey Pausanias en 403, pues ahora estaban más interesados en que un gobierno ateniense democrático ejerciese el debido contrapeso a la dura hegemonía de los espartanos. El frágil equilibrio en que se encuentra, con todo ello, la liga del Peloponeso vuelve a mostrarse cuando en el 399 Corinto y Tebas cursan otra negativa a acudir a la campaña contra la Élide anunciada por Esparta; y de este modo veremos cómo en un futuro próximo el acercamiento de corintios y beocios hacia Atenas y el aislamiento espartano para sostener un dominio cada vez más complejo, que comienza ya a dibujarse, adquieren una consolidación real.

La última carga que arrastraba el estado lacedemonio atañía a las ciudades griegas de Asia Menor. La política egea de Lisandro y la acogida



Escultura del templo de Asclepios en Epidauro
(380 a. C.) Museo Nacional de Atenas

dispensada por los griegos de Asia a los espartanos, abandonando a Atenas, habían facilitado el fin de la Guerra del Peloponeso y el establecimiento de la hegemonía de Esparta; pero precisamente en virtud de su posición como potencia rectora de Grecia estaba obligada a asumir la defensa del helenismo en Oriente frente a los persas, como antaño hicieran los atenienses y la liga marítima. Políticamente se trataba de una difícil tarea por cuanto que Persia y Esparta estaban ligadas mediante un tratado de alianza, ultimado en el 411, por el que se reconocían los derechos del Gran Rey sobre Asia Menor, y además los espartanos venían recibiendo regularmente el dinero de los medos —lo que les permitía financiar las operaciones en el Egeo y en Jonia—. Abandonar a los griegos suponía perder todo el prestigio como potencia hegemónica, romper con Persia el término de la ayuda económica en que se fundamentaban la expansión espartana y sus efectivos navales.

Campañas contra Persia y expedición de Agesilao

Sin embargo Esparta optó por esta segunda vía cuando los griegos de Asia Menor demandaron su amparo frente a los intentos de los sátrapas por someterlos. En realidad los espartanos estaban practicando un doble juego desde unos años antes, pues formalmente mantenían los acuerdos con Persia pero ello no les impedía favorecer la resistencia de los helenos directa o indirectamente e incluso intervenir en las frecuentes querellas y conflictos que oponían entre sí a las autoridades persas. La mejor prueba de ello son las circunstancias que rodearon la famosa Anábasis de Ciro o Expedición de los Diez Mil (401/400): cuando Ciro el Joven, sátrapa de Sardes e hijo menor de Darío II, pretendió derrocar por la fuerza a su hermano Artajerjes II, el Gran Rey, se valió del concurso de un importante ejército de mercenarios griegos; los espartanos colaboraron en esta empresa no sólo enviando un cuerpo auxiliar, cuyo comandante era Quirísofo, sino concediendo al harmosta Clearco —que participó en la campaña como general del contingente griego— inmensas facilidades para reclutar voluntarios a sueldo en aquellas regiones de Grecia bajo influencia lacedemonia.

El resultado de esta operación no fue, precisamente, propicio a los intereses de los griegos; muerto Ciro en la batalla de Cunaxa (otoño del 401) los expedicionarios que seguían a Clearco —los llamdos Diez Mil— soportaron bien las acometidas del ejército de Artajerjes y se retiraron ordenadamente desde las cercanías de Babilonia hasta el Mar Negro, que alcanza-

ron seis meses más tarde a la altura de Trapezunte después de algunas penalidades y desánimos (aunque perdieron a sus principales jefes, regresaron más de ocho mil hombres, entre ellos el historiados Jenofonte; su versión de la expedición y retirada de los Diez Mil quedó plasmada en la *Anábasis*). La actitud de los persas cambió ahora notablemente: Tisafernes, que sustituyó en la satrapía a Ciro, intentó recomponer el dominio aqueménida sobre Asia Menor, y Esparta y los griegos comprobaron cómo las promesas de autonomía que Ciro el Joven proyectaba cumplir si conquistaba el trono se mudaban en exigencias de sumisión.



Escultura del templo de Asclepios en Epidauro
(380 a. C.) Museo Nacional de Atenas

Después del ataque de Tisafernes a la ciudad jonia de Cumas los espartanos iniciaron la guerra en Asia Menor, en donde desembarcó el harmosta Tibrón con mil neodamodas, cuatro mil soldados peloponesios y 300 jinetes atenienses en el otoño del 400; pronto se le unieron cinco mil veteranos de la expedición de los Diez Mil. Con este ejército Tibrón entró en posesión de algunas ciudades, que le abrieron sus puertas, pero debido a su indecisión y a las quejas de los aliados las autoridades de Esparta lo reemplazaron por otro comandante, el harmosta Dercílidas (verano de 399). Durante algo más de dos años Dercílidas aprovechó con habilidad la patente discordia entre los sátrapas Tisafernes y Farnabazo para atraerse a las ciudades de la Tróade, saquear los territorios del segundo y apoderarse de suficientes riquezas como para pagar a sus mercenarios durante un año; el invierno del 398 cruzó a Tracia y se dedicó al pillaje del país. A su regreso a Asia, en la primavera siguiente, consiguió paralizar la acción militar de ambos sátrapas, que olvidando las rencillas habían conectado sus fuerzas, mediante la conclusión de un armisticio cuando ya el ejército persa iba a enfrentarse con el griego en el valle del Meandro (Dercílidas era partidario de esta fórmula del armisticio, que había usado en el 398 tanto con Tisafernes como con Farnabazo, para eludir los combates directos con los persas).

A comienzos del 396 el rey espartano Agesilao llegó a Éfeso con doce mil nuevos soldados y se hizo cargo del mando; al término del armisticio cerrado por Dercílidas efectuó una campaña contra Frigia, territorio de Farnabazo, en donde obtuvo botín para las tropas. En la primavera del 395 derrotó a Tisafernes cerca de Sardes, lo que provocó la desgracia y muerte del sátrapa, que fue sustituido por Titraustes; de acuerdo con él Agesilao abandonó aquellas regiones y continuó la guerra en los dominios de Farnabazo, desde donde paso a Misia; el mando de la flota, que había recibido poco antes, lo delegó en Pisandro. Después del invierno del 395/4 Agesilao y su ejército son reclamados en Grecia por las autoridades espartanas; el rey obedece la orden, aunque deja en Asia cuatro mil hombres.

La guerra librada por Esparta en suelo de Asia Menor contuvo ventajosamente los intentos persas de someter el litoral griego; sin embargo toda esta obra quedó anulada a raíz de las operaciones navales. Conón, uno de los estrategos atenienses del final de la Guerra del Peloponeso, partícipe en la batalla naval de las islas Arginusas, poseía el mando supremo de la flota del Gran Rey; en los años 396 y 395 había conseguido dominar la isla de Rodas e interceptar la ayuda (madera y grano) que los espartanos recibían desde Egipto, país recientemente independizado de la tutela persa; por fin, con una escuadra compuesta por trirremes chipriotas, rodias y cilicias a sus órdenes, y otra de naves fenicias guiada por Farnabazo, Conón obtuvo junto a Cnido una aplastante victoria sobre Pisandro y la flota espartana, que perdió más de cincuenta barcos (agosto 394). La batalla de Cnido marca el ocaso del imperio marítimo lacedemonio, construido diez años antes sobre los despojos de Atenas, pero también el declive de la aventura asiática. Ante la promesa de autonomía proclamada por Farnabazo, las ciudades de Asia (entre ellas Éfeso) y de las islas, desde Mitilene a Cos, expulsan a las guarniciones espartanas y adoptan constituciones democráticas; Conón fue saludado como libertador de los griegos y en numerosos lugares se elevaron estatuas en su honor.

La situación en Grecia: la Guerra de Corinto (395-386)

El verdadero interés de Esparta no se cifraba, sin duda, en Asia Menor, si-

no en la dominación de la península griega y del Peloponeso; y si en los primeros años del siglo IV Atenas y algunos de los aliados de Esparta mantienen aún una actitud de reserva, la ruptura no tardó mucho tiempo en producirse. A ello contribuyeron los dos agentes enviados por los persas con grandes sumas de dinero para fomentar los movimientos antilaconios: primero Dorieo de Rodas, mandado por Tisafernes en 396 al Peloponeso —cayó en manos de los espartanos y fue ajusticiado—; luego Timócrates de Rodas, comisionado en 395 por Farnabazo, que estableció contactos con las fuerzas democráticas, hostiles a Esparta, de Argos, Atenas, Corinto y Tebas.

A comienzos del 395 se abre definitivamente el conflicto contra los lacedemonios (conocido, por la denominación que recibió de Jenofonte, como *Guerra de Corinto*). Con motivo de un incidente fronterizo que indispuso a los focidios con los locros occidentales, los primeros llamaron en su ayuda a Esparta, mientras que Tebas se puso al lado de los locros; era la ocasión que ambos estados esperaban, aunque los tebanos demostraron mayor habilidad al convencer a la Asamblea ateniense, cuando Esparta estaba reuniendo ya sus tropas, para que estableciesen una alianza defensiva por tiempo indefinido, como de hecho ocurrió. El ataque de Esparta al territorio beocio fue un fracaso: una parte de su ejército fue derrotada junto a los muros de Haliarto (finales del verano de 395) y en este encuentro halló la muerte Lisandro, el victorioso general de la Guerra del Peloponeso. El resto de las fuerzas lacedemonias, conducidas por el rey Pausanias, evacuó el territorio beocio cuando ya los atenienses habían acudido, como aliados de Tebas, con un destacamento.

De inmediato, en el invierno del 395/4, la alianza suscrita entre Atenas y Tebas es abrazada por otras comunidades: Corinto, Argos, Eubea, Léucade, Ambracia, los acarnanios, los locros, los atamanos epirotas y la liga calcídica; los tesalios expulsaron de su patria a las guarniciones espartanas y derrotaron a los focidios sin que el harmosta lacedemonio de la Fócide lograra impedirlo. Fue entonces cuando Agesilao recibió de las autoridades espartanas la orden de suspender su campaña en Asia Menor y regresar sin pérdida de tiempo a Grecia; mientras tanto la coalición del resto de los griegos se reúne en Corinto y los atenienses comienzan a reconstruir, con los subsidios persas traídos por Timócrates de Rodas, los muros del Pireo. En el verano del 394 las tropas de una parte de la alianza (Atenas, Corinto, Argos, Beocia y Eubea) entablaron batalla con las de Esparta y su liga en dos ocasiones: primero en Nemea y luego en Coronea; en ambos enfrentamientos la victoria espartana resultó estéril, pues sus enemigos no cedieron el control sobre el Istmo y la Grecia Central.

Pero las amenazas sobre Esparta siguieron aumentando al año siguiente. Hacia el verano del 393 Farnabazo y Conón han eliminado ya todas las guarniciones lacedemonias del Egeo y llegan con la escuadra persa a la isla de Citera, en donde instalan un gobernador, y al Istmo; reparten además otras sumas de dinero, que sirven a los aliados para reclutar más mercenarios y construir nuevas embarcaciones. Por último Conón recibió permiso de los atenienses para volver a la patria y entró en el Pireo con el grueso de la flota del Gran Rey; Atenas le dispensó una acogida excepcional y llegó a premiarle con la erección de una estatua en vida, honor que jamás se había tributado a ningún ciudadado, como «portador de la libertad para los griegos aliados de Atenas». Con los cincuenta talentos que Conón entregó al Estado la reconstrucción de los Largos Muros recibió un impulso tan notable que

en menos de un año pudo considerarse acabada.

Atenas procede ahora también a la recuperación de las antiguas cleruquías (Lemnos, Imbros y Esciro); simultáneamente se restablecen los lazos con algunas ciudades que fueron principales miembros de la Liga marítima ático-délica (Rodas, Cos, Quíos, Eritras, Mitilene, Éfeso, Tasos). Por mediación de Conón se obtuvieron ciertas ventajas entre los monarcas de la época: el Gran Rey, que recibió a la embajada ateniense compuesta por Epícrates y Formisio; Evágoras de Chipre, Sátiro del Bósforo, que favoreció a los comerciantes de grano atenienses, e incluso el tirano Dionisio I de Siracusa, que mediante pretextos retrasa su ayuda a los espartanos.

La guerra continúa en el 392; la lucha social dentro de Corinto desemboca en la eliminación de los aristócratas partidarios de imponer una paz con Esparta y deja el gobierno de esta importante ciudad, cuartel general de la alianza antilacedemonia, en manos de los demócratas; para romper definitivamente con la liga peloponesia y privar a sus adversarios de la esperanza de recuperar el poder, el grupo democrático estableció con Argos un acuerdo de *simpoliteia* o fusión política de ambas comunidades —los corintios y los argivos—, primera experiencia griega de un expediente que constituirá más tarde un recurso comúnmente empleado por todas aquellas poleis que debían agrupar sus fuerzas para sobrevivir como estados. Los ataques espartanos contra Corinto fueron desde entonces continuos, y aunque Agesilao tomó el puerto de Lequeo, los atenienses lo recuperaron.

Los diversos proyectos de paz emprendidos tampoco culminaron en algo positivo: en el congreso de Sardes (finales del 392) Esparta ganó para sí al sátrapa Tiribazo, pero no fue capaz de persuadir a Atenas, Argos y Tebas para que abandonasen a los griegos de Asia y disolvieran todas sus organizaciones confederales. A Esparta acudieron luego (comienzos del 391) delegados de distintas ciudades (Atenas estuvo representada por una embajada plenipotenciaria de la que formaba parte el orador Andócides), los cuales acordaron proponer una paz general —la llamada *koiné eirene*, idea que tanto renombre había de alcanzar durante el siglo IV— que reconocía las pretensiones de tebanos y atenienses, pero no la simpoliteia argivo-corintia; el tratado jamás llegó a fraguar porque la Asamblea ateniense se negó, no obstante la ardiente defensa que del mismo hizo Andócides en su famoso discurso *Sobre la paz*, a ratificarlo.

La Paz de Antálcidas o Paz del Rey

Las hostilidades habrían de continuar aún cinco años, hasta el 386. Esparta repartió sus operaciones en varios frentes: Agesilao sorprendió en principio a Argos y Corinto impidiéndoles la celebración de los Juegos Ístmicos del 390 y apoderándose de Lequeo, de otro puerto en el golfo Sarónico y del puesto de Énoe, pero el general ateniense Ifícrates descubrió y casi aniquiló a un destacamento de seiscientos hoplitas lacedemonios en Lequeo (murieron 250 espartanos, cifra grave para el ejército laconio), lo que le permitió recuperar los dos puertos ocupados antes por las tropas peloponesias. En Asia Menor inició Tribón desde Éfeso la guerra contra Persia con ocho mil soldados, pero después de su derrota y muerte por parte del sátrapa Estrutas en el 390 Esparta no se aventuró más a abandonar la franja litoral; en cambio los navarcas espartanos de los años 391 y 390 tomaron Samos, Cnido y Rodas. En el 389 Agesilao saqueó el territorio de Acarnania.

Pero desde el 389 Atenas tomó de nuevo la delantera por mar y, por medio de Trasíbulo y Cabrias, reinstauró



Escultura del templo de
Asclepios en Epidauro
(380 a. C.) Museo Nacional de Atenas

su dominio sobre el Quersoneso tracio y los estrechos —excepto Sesto y Abidos, siempre en manos espartanas— y sobre Jonia, reforzando además los lazos con el reino de los Odrises y con el rey del Bósforo, de donde los atenienses obtienen constantes provisiones de trigo. La operación se completa con la instalación en el Bósforo de un puesto de vigilancia para reclamar a los barcos mercantes que por allí cruzaran un tributo del diez por ciento sobre el valor de las mercancías, pero además Trasíbulo exige el pago de un cinco por ciento a las naves aliadas al entrar y salir de los puertos atenienses. La ausencia de financiación persa trajo pues como resultado el recurso a las prácticas ya utilizadas en las postrimerías de la Guerra del Peloponeso, aunque ahora los griegos no parecen escandalizarse frente a una imposición dictada por la necesidad de defender la autonomía de Asia Menor y no más dura que las exacciones impuestas por Es-

parta en las ciudades gobernadas por oligarquías; por los mismos motivos se acepta sin disgusto la instalación de guarniciones en ciertas ciudades o que la Asamblea ateniense dicte sentencias que son también ejecutivas en territorio de los aliados.

Esparta precisaba contar ya con una paz que estabilizase su precaria hegemonía y pusiera fin a las hostilidades con Corinto y Argos, en el propio Peloponeso, y con Atenas y Tebas. Mas como sólo Persia parecía en condiciones de forzar a los griegos a negociar un acuerdo, se decidió que el navarca Antálcidas marchara a Susa para convencer a Artajerjes sobre la conveniencia de acabar con las guerras; Tiribazo, el sátrapa de Sardes, acompañó a la delegación espartana hasta la capital persa y no fue difícil inclinar al Gran Rey ante la evidencia: Persia soportaba demasiados conflictos (toda Asia Menor, Chipre, Egipto) y Esparta le brindaba terminar con uno sin perder la soberanía sobre los griegos de Asia. Artajerjes concertó la paz con los lacedemonios (387).

El siguiente paso de Esparta consistió en entorpecer los abastecimientos de trigo a los mercados griegos, en especial a Atenas, táctica que venía empleando desde el 388 en el golfo Sarónico mediante ataques de la flota de Teleutias, asentada en Egina, a los transportes de grano y mercancías (388/387). Ahora Antálcidas bloqueó, con ayuda naval persa y de Dionisio de Siracusa, el tránsito de cereales por el Helesponto; la subida de precios, la amenaza del hambre y la excitación de movimientos demagógicos, que se traducían en juicios y confiscaciones, obligaron a los adversarios de Esparta a tratar con el Gran Rey.

En la primavera del 386 llegaron de nuevo a Sardes, convocadas por Tiribazo, delegaciones de todos los estados contendientes, a quienes el sátrapa hizo conocer las condiciones previstas por Artajerjes para la paz. Se trataba de una auténtica orden real, que recibió en su día la aprobación de Antálcidas y de los espartanos, cuyo tenor nos ha transmitido Jenofonte (*Hell.* V 1, 31): «el rey Artajerjes estima justo que las ciudades de Asia así como, de entre las islas, Clazomene y Chipre, le pertenezcan, y que a su vez el resto de ciudades griegas, grandes y pequeñas, alcancen la autonomía, salvo Lemnos, Imbros y Esciro, cuya posesión debe atribuirse, como en tiempos pasados, a los atenienses. Si cualquier estado rechaza esta paz yo mismo, de común acuerdo con quienes la hayan firmado, le haré la guerra por tierra y por mar, con mi escuadra y mis fondos».

Sin embargo este documento presentado por Tiribazo en Sardes sólo se convirtió en un tratado efectivo cuando los lacedemonios invitaron en Esparta a todos los griegos a jurar sus cláusulas, aceptándolo como una paz general. Únicamente corintios y tebanos opusieron ciertos reparos al juramento de la Paz del Rey o Paz de Antálcidas, como se la denominó en Grecia, pues los primeros se resistían a disolver la simpoliteia con Argos y Tebas deseaba jurar en nombre de toda la confederación beocia; ambos tuvieron que ceder.

El beneficiario del nuevo orden introducido en el mundo griego mediante este tratado fue, sin lugar a dudas, el rey Artajerjes. Todos los griegos, incluida Esparta, han capitulado frente al predominio persa y retiran sus tropas de Asia y de algunas islas; durante mucho tiempo el monarca oriental no tiene por qué temer que se organicen más expediciones contra su reino —y así será, de hecho, hasta Alejandro Magno—. Mientras en la Grecia continental numerosos gobiernos compartían un sincero fervor por los medos y recibían la ayuda en dinero del Rey, las ciudades griegas de Asia Menor alcanzan especial prosperidad, como depositarias comerciales de múltiples artículos griegos y

orientales, bajo la vigilancia permanente de guarniciones persas y de los oligarcas locales.

Esparta obtenía el restablecimiento de su hegemonía sobre Grecia, aunque en condiciones poco brillantes: entregado el Oriente a Artajerjes y con el mediterráneo occidental (más el Adriático) controlado por el tirano Dionisio I de Siracusa, su papel se restringe al de guardián de la independencia de los griegos; los espartanos quedan así destinados a extremar la vigilancia sobre quienes incumplan los términos del tratado.

La paz devuelve a Atenas sus antiguas cleruquías y la posibilidad de que surja un gobierno moderado, que protege el comercio y repara la flota, mientras que los griegos ven cómo Esparta disuelve todas las ligas y federaciones y blande como enseña el principio de autonomía para impedir cualquier nueva coalición que atente contra su hegemonía.

El apogeo del dominio espartano

En virtud de la Paz de Antálcidas quedaba Esparta como árbitro prioritario, apoyado por Persia, de los asuntos internos de Grecia, y desde el primer momento ejercerá con tanta autoridad su papel que parece como si hubiera renacido la política practicada antaño por Lisandro: incremento de los aliados propios; control de las ciudades mediante gobiernos oligárquicos, guarniciones y harmostas; movilización, bajo cualquier pretexto, de contingentes militares, y solicitud del pago de un tributo a aquellas comunidades que precisaran la defensa naval de los espartanos.

Todo ello cristaliza con la política de expansión y dominio sobre los estados débiles que Agesilao aplica con incansable energía desde Arcadia hasta el norte de Grecia. En el Peloponeso Corinto debe separarse de Argos, entrar en la alianza de Esparta y dar el poder a los desterrados; la liga de los aqueos tiene que reemplazar el gobierno democrático por uno oligárquico. Megara quedó obligada a contribuir militarmente en las expediciones espartanas. Mantinea, por negarse a derribar sus murallas, fue asediada y rendida por asalto (invierno 385/84): la población fue diseminada en cinco aldeas, a cuya cabeza se impuso a un oficial espartano. Parecida suerte corrió algo más tarde Fliunte; a causa del hambre capituló ante Agesilao tras casi dos años de cerco y hubo de plegarse a admitir una guarnición lacedemonia y a que los oligarcas en el exilio establecieran una nueva constitución (379).

En Beocia, abolida la antigua confederación, Tebas perdía casi toda su potencia y se hallaba además obligada a participar con soldados en la alianza espartana. Las múltiples aldeas beocias veían reconocida su independencia respecto a Tebas, aunque en Platea, Tespias y Tanagra instalaron los lacedemonios guarniciones, mandadas por harmostas, para crear un obstáculo a las comunicaciones entre Atenas y Tebas. Toda Grecia central (Fócide, Lócride, Tesalia, Acarnania) prestaba fidelidad a Esparta, cuya soberanía habían reconocido mediante tratados las aristocracias locales de estos territorios. También las islas de Eubea, Samos, Naxos y las Cícladas fueron ocupadas, o bien forzadas a seguir los dictados de Esparta, antes del 380.

La última región de Grecia a donde se extiende en estos años la hegemonía espartana fue la península de Calcídica. Organizados en forma de una confederación desde el siglo V, cuya cabeza era Olinto, los calcidios habían aumentado sus territorios a costa de Macedonia y pretendían ahora establecer una alianza con Atenas —su tenaz enemiga durante la Guerra del Peloponeso—, lo que representaba un peligro bastante considerable para la política espartana. Por

ello, atendiendo a la llamada hecha por las ciudades de Acanto y Apolonia y por el rey Amintas III de Macedonia, que acusaban a los calcidios de atentar contra su autonomía, Esparta organizó una expedición contra Olinto cuyos efectivos ascendían a diez mil hombres, que fueron reclutados entre los estados incluidos en la alianza lacedemonia. La guerra duró más de dos años y en el curso de la misma murieron dos generales espartanos, Teleutias y el rey Agaesípolis; pero cuando el asedio levantado en torno a Olinto dio sus frutos, la capital de los calcidios capituló (379) y tuvo que someterse a duras condiciones: la federación de la Calcídica fue disuelta, Amintas recuperaba los territorios que Macedonia había perdido y Olinto fue obligada, junto con otras ciudades, a ingresar en la liga del Peloponeso.

Atenas, mientras tanto, se mantenía activa; la diplomacia ateniense había procurado establecer el mayor número posible de alianzas con ciudades autónomas y había acogido a todos los demócratas expulsados de varias ciudades por los oligarcas, protegidos de Esparta. No otra cosa podía hacer, a fin de no ser acusada de violación de los términos de la Paz del Rey. El imperio espartano era, por consiguiente, un hecho y parecía asentado, en opinión de Jenofonte (Hell. V 3, 27) sobre una base duradera. La liga espartana estaba distribuida en diez circunscripciones, que llegaban desde el Peloponeso y las islas meridionales hasta la Calcídica, cada una de las cuales aportaba un contingente de tropas variable, aunque se atenía al módulo de que por cada ocho peltastas (soldados de infantería ligera) se aportaban cuatro hoplitas y un jinete; a ello se sumaban las tropas procedentes de ciudades o reinos (Tebas, Macedonia, Épiro, Tesalia) comprometidas a participar con otros medios en las expediciones de los lacedemonios. En ciertos casos Esparta permitía que algunos aliados excusasen su asistencia militar a cambio de una compensación en metálico, a saber, tres óbolos eginéticos por soldado y día, suma que subía a doce óbolos por día en el caso de los jinetes.

El año 379 marca pues el apogeo de la hegemonía espartana, y en toda Grecia parece imperar un orden garantizado por la obediencia que los lacedemonios han impuesto a sus aliados. Sin embargo, este orden era necesariamente precario porque la base del dominio espartano carecía de una seguridad estable: por una parte estaba subordinado al apoyo que la preponderancia de Esparta encontrara en Persia, pero ese pacto con el Gran Rey los presentaba ante los otros griegos como un agente al servicio de los medos, que había dado la espalda a cuantos principios defendía la Hélade desde el siglo V; de ahí que, por temor a soliviantar la opinión mayoritaria, los espartanos no cumplieran realmente un cometido satisfactorio para los intereses persas en Asia Menor y el Egeo. En cualquier caso Artajerjes era un espectador de la situación política griega y, como en otras épocas, se limitaba a verlos debilitarse mutuamente con sus rivalidades.

Además, la hegemonía espartana no despertó ninguna simpatía entre quienes quisieran defenderla, sino, por el contrario, un extenso rechazo por la perfidia y deslealtad de sus métodos. Pues no sólo la cláusula de autonomía enunciada en la Paz de Antálcidas se aplicaba de manera arbitraria, impidiendo al resto de los griegos federarse u obrar con verdadera independencia y obligándoles a incorporarse al séquito de socios de la liga espartana, sino que la injusticia y el daño moral provocados al admitir como lícitos todos los medios habían derramado sobre el imperio de Esparta un desprestigio mayor que el imputado al antiguo poderío ateniense. Sucesos como el de la toma de la Cadmea acentuaron claramente la in-

dignación de los contemporáneos: en el 382, cuando el ejército espartano marchaba a través de Beocia hacia la Calcídica, uno de los polemarcas tebanos —Leontiadas— les facilitó la entrada en Tebas y la ocupación de la acrópolis de la ciudad (la llamada Cadmea). Febidas, jefe de la expedición, instaló en ella una guarnición y un harmosta e hizo prisionero al otro polemarca tebano, Ismenias, mientras que trescientos de entre los demócratas lograron escapar a Atenas. No obstante las numerosas quejas que



Arte peloponesio. Cabeza de Atleta
(Principios del siglo IV)
Museo del Louvre

el proceder espartano suscitó de inmediato, como violación palmaria que era del derecho de Tebas a la autonomía, las autoridades lacedemonias no sólo decidieron mantener la ocupación de la Cadmea (multaron simbólicamente a Febidas por haber actuado sin instrucciones), sino que condenaron a muerte y ejecutaron a Ismenias —nueva e ilegal injerencia en la soberanía de Tebas, suplantando a sus tribunales—. El descrédito cosechado por Esparta a raíz de este episodio fue total, equiparable sin duda

al que cubrió a Atenas por la conquista de Melos en el 416: pues si en el diálogo de Melos refleja Tucídides la filosofía política sobre el derecho del más fuerte que sustentó las razones de los atenienses, idénticas consideraciones alientan las ideas que Agesilao expuso ante sus compatriotas para defender la ocupación de la Cadmea: si el hecho es útil a los intereses de nuestra patria, dijo el rey espartano, es un acto legal.

2. El declinar de la hegemonía espartana

Mientras el conjunto de los aliados de Esparta proporcionase las tropas necesarias —o el dinero para contratar otras— de cada operación, el descenso constante del número de ciudadanos que la comunidad lacedemonia experimentaba desde comienzos del siglo IV no tenía por qué ser un grave lastre para el mantenimiento de su hegemonía. Sin embargo, la adhesión de los aliados de Esparta a la causa lacedemonia brotaba más del miedo que de la identidad; bastaba, por tanto, con que algunos de ellos se atrevieran a romper el fuego para que el dominio espartano se desmoronase sin remedio.

Esto es lo que sucedió en el invierno del 379/8; fueron Tebas y Atenas las dos ciudades que impulsaron la transformación de las estancada política griega. El primer acto se inició en Tebas, en donde mil quinientos soldados lacedemonios ocupaban la Cadmea y cientos de tebanos habían tomado el camino del destierro o se hallaban en prisión. Con la ayuda de dos cómplices, siete tebanos refugiados en Atenas urdieron una conjura en la que recibieron muerte los polemarcas y varios destacados partícipes del gobierno oligárquico; pronto se unieron a los insurrectos los hoplitas, los caballeros tebanos y un contingente de exiliados procedente del Ática, así como un grupo de voluntarios atenienses orientados por dos estrategos. El harmosta espartano Herípidas no vio otra salida sino establecer un acuerdo con los sublevados, que le permitieron evacuar la acrópolis junto con su guarnición; a cambio no tuvo reparo en entregarles a los tebanos filolaconios acogidos a su amparo, que fueron aniquilados.

Tebas restauró enseguida la constitución democrática y accedió de nuevo a la autonomía que le habían hurtado los lacedemonios. La expedición de castigo enviada desde el Peloponeso a las órdenes del joven rey Cleómbroto no pudo sorprender a los tebanos y optó por retirarse, aunque dejó una parte del ejército al harmosta de Tespias, Esfodrias (378). Esparta sufría un primer revés, que vino a complicarse poco después cuando Esfodrias resolvió invadir el Ática y apoderarse por sorpresa del Pireo —¡aunque en ese momento tres embajadores espartanos visitaban Atenas!—, pero este golpe de mano falló y las consecuencias que desató fueron importantes. La principal de ellas cosistió en que la mayoría de las ciudades independientes comenzaron a reconciliarse mediante alianzas, de forma que incumplían los términos de la interpretación espartana sobre la cláusula de autonomía de la Paz de Antálcidas, y este movimiento general dio igualmente impulso a Atenas para reagrupar a todas las ciudades a las que los lacedemonios no permitían ser «libres ni autónomas, ni disfrutar de todo su territorio» (preámbulo del documento fundacional de la segunda liga marítima).

La Segunda Confederación Ateniense

Las primeras gestiones de los atenienses se encaminaron hacia Tebas, pues ambos estados habían comprendido ya que la fuerza de Esparta en la Grecia continental se nutría básica-

mente de la falta de entendimiento entre sí. Atenas y los tebanos concluyeron en el 378 una alianza defensiva que suponía un reto abierto a los lacedemonios; de hecho Agesilao atacó con un fuerte ejército, desde Tespias, pero los beocios resistieron sin problemas con la ayuda ateniense.

Pero al mismo tiempo los contactos establecidos con los griegos insulares, que tras la Paz del Rey se habían mantenido separados tanto de Esparta como de Persia, empezaron a dar sus frutos; siguiendo los pasos de Quíos, que ya en el año 384 había concertado un tratado de alianza quiota-ateniense (formalmente irreprochable dentro del marco de la paz general), Bizancio, Rodas, Mitilene y Metimna suscribieron en el 378 otros tantos acuerdos de alianza con Atenas formados sobre el modelo del que Trasíbulo cerró con los quiotas. A partir de entonces la diplomacia ateniense, representada por un grupo de activos políticos de la Asamblea (Trasíbulo, Calístrato, Céfalo, Pirrandro, Aristóteles de Maratón), desarrolló numerosas negociaciones en todo el continente y en Asia para construir un pacto común capaz de devolver a los griegos el protagonismo perdido por los dictados de la Paz de Antálcidas.

Sin duda el programa teórico para esta empresa se encontraba bien formulado en un discurso puramente retórico de Isócrates, como es el *Panegírico*, que había sido publicado en el 380. El orador ateniense justificaba en esta obra la hegemonía antaño ejercida por su patria y la responsabilidad moral que por ello había contraído ante el mundo helénico; entre sus recomendaciones figuraba la de fundar y dirigir una nueva confederación, que no debería ser aprovechada para los fines exclusivos de Atenas, sino estar orientada al bienestar de Grecia. Muy probablemente esta serie de ideas fue aludida una y otra vez en todas las negociaciones puesto que, efectivamente, el principal obstáculo para tal proyecto residía en poder convencer a los futuros aliados de que esta nueva federación no repetiría los errores de la antigua liga marítima ático-délica, de que Atenas no aspiraba a explotar la alianza como un instrumento de imperialismo.

Fácilmente, a juzgar por la rapidez con que se produjeron, Atenas obtuvo la adhesión de muchísimas ciudades a esta nueva liga superando cualquier desconfianza o envidia hacia su jefatura. Entre febrero y marzo del 377 todo el sostén jurídico de la nueva confederación estaba ya trabado, puesto que en esa fecha se sometió a votación y fue aprobada la moción presentada por Aristóteles a la Asamblea, en la que anuncia oficialmente la creación de una alianza en torno a Atenas y expone sus principios: el decreto de Aristóteles, al que se considera como el acta de constitución de la segunda confederación marítima ateniense, es en realidad el instrumento por el que Atenas ratifica los compromisos que había estipulado con los aliados que figuran en el propio documento y, simultáneamente, contiene un llamamiento público a todos aquellos griegos y bárbaros (es decir, a los reinos del norte de Grecia que, desde el siglo V, fueron ya ocasionalmente aliados de algunos de los griegos) que pretendían fortalecer su libertad y autonomía, para que se sumaran a la naciente confederación.

El decreto principia señalando los destinatarios del tratado y los objetivos propuestos. La alianza estaba abierta a los griegos y bárbaros del continente y a todos los insulares que no se hallaran bajo soberanía persa, forma de garantizar a Artajerjes que no tendría como efecto arrebatarle las ciudades de Asia Menor que en la Paz del 386 se le asignaban. La meta de la confederación será asegurar a las distintas ciudades la libertad y autonomía juradas en la Paz del Rey, autonomía que se concibe como un



Arte ático. Estela funeraria de Dexileo
(394-393 a. C.) Museo Nacional de Atenas

derecho a autogobernarse, a no ver impuesta la presencia de una guarnición o de un gobernador, a estar libre de cualquier tributo; para alcanzar dicho objetivo se prevé la prestación de defensa mutua. Con esta declaración Atenas volvía a tranquilizar a Persia, puesto que confirmaba públicamente su respeto a la paz general; pero servía también para divulgar que la alianza era un arma montada únicamente contra Esparta, a la que en el decreto de Aristóteles se le reprocha el que hasta ese momento no haya dejado vivir en paz a los griegos, disfrutar libremente de la autonomía y de la propiedad plena de sus respectivos territorios.

El resto del documento recoge un compromiso solemne por parte de los atenienses a comportarse con los aliados de manera tan justa y objetiva que incluso se realizó un voluntarioso esfuerzo para borrar todos los malos recuerdos: la libertad y autonomía reconocidas a las ciudades de la confederación se equipara a aquella con que contaban Quíos y Tebas; ambos estados eran aliados de los atenienses desde antes de la fundación de esta

segunda liga y podrían, por tanto, dar fe de que ahora Atenas respetaba la soberanía de sus socios, extremo que había ignorado durante los días del imperio marítimo. Además todas las propiedades inmuebles en manos del estado ateniense o de sus ciudadanos situadas en territorio de los aliados serían devueltas —las autoridades ofrecen garantías sobre este compromiso— y el Consejo ateniense quedaba autorizado a eliminar cualquier inscripción fijada en la ciudad que contuviera el recuerdo de medidas inamistosas decretadas otrora contra quienes se convirtieran, en virtud del nuevo pacto, en aliados de Atenas.

Por lo demás Atenas prohibe a todos sus ciudadanos la adquisición de tierras o casas en suelo aliado, sea cual fuere el modo de adquirirlas, y prevé duras sanciones contra quienes infrinjan esta norma. Para quienes, en el marco legal de su propia ciudad, trataran de hacer aprobar la derogación o supresión de alguno de los puntos convenidos en el acta fundacional de la Confederación se decretaban otra serie de penas aplicables tanto en Atenas como en todo el territorio federal. Los confederados estaban, por último, obligados a venir en ayuda de Atenas y de cualquier otro de los aliados que se viera atacado por un ejército.

La soberanía de la nueva liga residía en el Consejo de los aliados, el *synedrion*, órgano federal permanente cuya sede quedó establecida en la propia Atenas sin que los atenienses dispusieran de representación en el mismo. El resto de los aliados formaban parte de él, pero cada ciudad contaba, sin importar las dimensiones y el número de delegados que enviase al sinedrion, con un solo voto; las decisiones se tomaban por mayoría de votos. Sin embargo el consejo de la confederación era convocado por los pritanos atenienses y su orden del día preparado por la *Boulé*, y además para que un acuerdo federal fuera válido se necesitaba el refrendo final de la Asamblea ateniense. Como Atenas se reservaba siempre la última palabra sobre cualquier asunto, sucedía que la jefatura de la liga quedaba por completo en sus manos, pues los ciudadanos corrían no sólo con el peso de la decisión definitiva, sino que incluso efectuaban todos los preparativos (llevaban a cabo las negociaciones diplomáticas previas y estudiaban los términos de cada propuesta antes de exponerla al sinedrion). Aunque el sistema podía haber levantado constantes conflictos, la realidad es que la *Boulé* desempeñó siempre con tacto su papel de agente mediador entre el sinedrion de los aliados y la Asamblea ateniense; por las noticias que conservamos, la mayoría de las decisiones de la confederación parece que se adoptaron sin demasiadas divergencias.

Las competencias del sinedrion eran bastante amplias. Debía pronunciarse sobre todas las cuestiones políticas pertinentes a la confederación, comenzando por la admisión de cualquier nuevo miembro; gestionaba la caja del tesoro federal, que se nutría fundamentalmente de las contribuciones de algunos aliados (*syntaxeis*)y fijaba la cifra a entregar por estas ciudades que debían colaborar financieramente. Regulaba también las disputas que pudieran surgir entre los propios miembros de la alianza y, como órgano de justicia federal, juzga las querellas presentadas contra los atenienses que hayan adquirido bienes raíces en territorio de los aliados, así como las infracciones cometidas contra el pacto de alianza. Por último, era competencia del consejo señalar en qué casos convenía, no obstante la declaración relativa a la autonomía, situar una guarnición o tropas confederadas en algún emplazamiento propiedad de uno de los aliados.

Respecto a la organización militar, Atenas se responsabilizaba con su

Acta fundacional de la segunda confederación ateniense (febrero/marzo 377)

Durante el arcontado de Nausínico; Calibio, hijo de Cefisofonte, del demo de Peania, era secretario; en la pritanía de la tribu Hipotóntida, la séptima del año. Ha decidido el Consejo y el Pueblo; Carino, del demo de Atmonia, ejercía la presidencia; Aristóteles hizo esta propuesta: tengan suerte propicia los atenienses y los aliados de los atenienses, para que los lacedemonios permitan a los griegos vivir pacíficamente, libres y autónomos, con la garantía de que podrán disfutar de todo su territorio, y a fin de que produzca efectos y siga siempre vigente, de conformidad con sus estipulaciones, la paz general que juraron los griegos y el Gran Rey, ha decretado el Pueblo: si alguno de los griegos o de los bárbaros instalados en suelo continental o cualquiera de los isleños —siempre que no tengan la condición de súbditos del Gran Rey— quiere ser aliado de Atenas y de sus aliados, cabrá hacerlo sin pérdida de su libertad ni de su autonomía, rigiéndose por el sistema político que prefieran, sin obligación de recibir guarnición ni de aceptar un gobernador ni de aportar contribución, sino exactamente en los mismos términos aprobados para Quíos, Tebas y los demás aliados. A quienes firmen alianza con Atenas y sus aliados la Asamblea les restituirá sus bienes raíces, a saber, aquellos de naturaleza privada o pública que posean ahora los atenienses en el territorio de los firmantes de la alianza, y sobre esta devolución se otorgará compromiso formal. Y si ocurre que en Atenas existen estelas inconvenientes para alguna ciudad que cierre la alianza con los atenienses, el Consejo que se halle de guardia estará autorizado a destruirlas. A partir del arcontado de Nausínico no se admitirá que ningún ateniense, ni privada ni públicamente, adquiera en las comarcas de los aliados la propiedad de casas ni de campos, ni mediante compra ni por vencimiento de una hipoteca ni por ningún otro procedimiento: en caso de que alguien efectúe la compra o entre en posesión de un bien raíz o lo tome en garantía, sea como fuere, cualquier particular de entre los aliados que lo desee estará legitimado para presentar una reclamación ante el Consejo de la alianza: y que los delegados, después de haber vendido el inmueble, entreguen la mitad de lo obtenido al denunciante, mientras que el resto ingresará en el fondo general de los aliados. Y si alguien entra en guerra, por tierra o por mar, con los países firmantes de la alianza, que los atenienses y los aliados corran en su auxilio por tierra y por mar con todos los efectivos de que puedan disponer. Si cualquiera, se trate de un magistrado o de un paisano, presenta o somete a voto una moción contraria a este decreto haciendo constar la necesidad de eliminar alguno de los puntos expresados en el presente acuerdo, le corresponderá la privación de sus derechos cívicos y su fortuna será confiscada y el diezmo entregado a la diosa, y será llevado a juicio en Atenas o en las ciudades aliadas bajo acusación de destruir la alianza; será castigado con la pena de muerte o con la de extrañamiento de todos los territorios bajo el dominio de Atenas y de sus aliados. En caso de resultar condenado a muerte, que no se le entierre ni en el Ática ni en suelo aliado. Que el secretario del Consejo se ocupe de la anotación del presente decreto en una estela de piedra y de que ésta sea instalada junto a la estatua de Zeus Eleuterio: el dinero para la grabación de la estela, sesenta dracmas, lo proporcionarán los tesoreros de la diosa descontándolo de los diez talentos. Que en la propia estela se inscriban los nombres de las ciudades que estén en la alianza y de cuantas otras vayan adquiriendo la condición de aliados. Todos estos acuerdos serán incluidos en la inscripción; que el Pueblo elija de inmediato a tres embajadores para ir a Tebas con la misión de convencer a los tebanos sobre lo mejor que conviene hacer. Fueron designadas las siguientes personas: Aristóteles, del demo de Maratón; Pirrandro, del demo de Anafliunte; Trasíbulo, del demo de Coluto.

Esta es la relación de ciudades aliadas de Atenas: Quíos, Ténedo, Mitilene, Metimna, Rodas, Poyesa, Bizancio, Perinto, Pepareto, Esquiato, Maronea, Dión, Paros, T(asos?), Atenas Diades, P(---), Tebas, Cálcide, Eretria, Aretusa, Caristo, Ico, Par(---), |---||---||---||---||---|, el pueblo de Corcira, Abdera, |---|, los calcidios de Tracia, Eno, Samotracia, Diceópolis, Acarnania, Prono de Cefalonia, Alcetas (rey de los molosos), Neoptolemo (príncipe de los molosos), (Jasó)n (tirano de Feras), Andros, Tenos, Histiea, Micono, Antisa, Ereso, Astrea, Yulis de Ceos, Cartea, Coreso, Elaiunte, Amorgos, Selimbria, Sifnos, Sicino, Dión de Tracia, Neápolis, el pueblo de Zacinto en Melo.

ejército del grueso de las tropas federales, mientras que los aliados más poderosos reforzaban con una flotilla a la escuadra ateniense o enviaban soldados (hoplitas, peltastas, jinetes), como hacía Tebas. Mas para todas aquellas ciudades pequeñas que no estaban en condiciones de mandar barcos u hombres se creó una figura fiscal, la *syntaxis*, contribución o tasa compensatoria evaluada por el sinedrion en concepto de disfrute de los beneficios de la liga sin participar directamente en las tareas de defensa. Se evitó cuidadosamente que las *syntaxeis* evocaran el recuerdo del antiguo tributo federal exigido por Atenas, el *phoros*, no sólo mediante el cambio de nombre, sino que se procuró fijarlo de modo no autoritario y que reflejara las posibilidades reales de cada estado contribuyente.

Por ser precisamente una alianza militar enderezada a defenderse de Esparta y de su estricta hegemonía, la segunda liga marítima vio engrosadas sus filas con unos setenta aliados, entre los que estaban las ciudades aqueas, los estados de Tracia y la Propóntide, las pequeñas y grandes islas del Egeo, Acarnania, Corcira, Cefalonia, Macedonia y parte del Epiro. No todos ellos fueron miembros desde el pacto fundacional del 377, sino que sus nombres se añadieron a la inscripción a medida que, en los años siguientes, abrazaron la alianza.

La expansión ateniense y las reformas internas

Durante dos años consecutivos (377, 376) los espartanos organizaron una expedición contra Beocia con el fin de romper la integridad del más importante de los aliados atenienses y aislar de ese modo a la Confederación, menos peligrosa sin el concurso de los tebanos. Pero por dos veces, la primera el rey Agesilao y luego Cleómbroto, tuvieron que retirarse sin haber conseguido nada práctico. A su vez la flota lacedemonia, que desde Egina acechaba las Cícladas y cortaba los suministros en grano a Atenas, fue vencida en el verano del 376 por una escuadra ateniense de 83 trirremes, mandada por el estratego Cabrias, en un combate celebrado entre las islas de Naxos y Paros. Cabrias recorrió el Egeo sin encontrar resistencia, expulsó a las guarniciones dejadas por los espartanos y recogió nuevas adhesiones a la confederación (Naxos, Paros, Atenas Diades, Poyesa, Ténedo); cuando regresó al Pireo traía consigo tres mil prisioneros, 49 trirremes enemigas y un botín de 160 talentos.

Al año siguiente crece espontáneamente el número de ciudades que entran en la segunda liga (Abdera, Diceópolis, Tasos, Samotracia, Eno, la liga Calcídica), mientras Atenas pertrecha otra escuadra de sesenta naves a las órdenes de Timoteo, el hijo de Conón. Después de saquear las costas del Peloponeso, Timoteo entra en el Adriático y consigue que los demócratas de Corcira, Acarnania, Prono de Cefalonia, así como Alcetas y Neoptolemo (rey y príncipe, respectivamente, de los molosos) acepten ingresar en la alianza marítima. Esparta despacha hacia el mar Jónico al navarca Nicóloco, con 55 trirremes, para atajar los efectos de la campaña de Timoteo, pero sufre otra derrota naval en la costa de Alisia (junio del 375). El imperio marítimo de Atenas parece renacer.

Pero precisamente el extremo cuidado de Atenas por no repetir los errores de la primera liga ático-délica y respetar verdaderamente la libertad de las ciudades aliadas condujo en estas fechas a la reforma de varias de sus instituciones públicas.

En primer término se modificó la estructura y competencias de la *Boulé*, o Consejo ateniense. Para evitar que los pritanos —miembros del Consejo, en funciones de comisión permanente— se vieran desbordados por la



Relieve ático dedicado a las Nereidas. Escena de rendición
(detalle del pedestal) (Año 400 a. C.)
Londres, British Museum

nueva tarea acumulada de mediar entre el sinedrion de la liga y la Asamblea ateniense, se les descargó de la antigua función de preparar y dirigir los debates de la *Ecclesía*, misión que se encomendó ahora a un colegio de nueve proedros (sorteados entre los 450 consejeros de las nueve tribus que no estaban ejerciendo la pritanía, a razón de uno por tribu). También se liberó a la Boulé de la supervisión inmediata de la administración naval, encargo que pasó a ser desempeñado por el colegio de los *epimeletas* (inspectores) de los arsenales. El colegio estaba compuesto por diez miembros, sacados a suerte uno por tribu; entre sus funciones figuraban el control de los trabajos de construcción naval, la gerencia de los astilleros y la administración financiera de los fondos navales, pero también impartía justicia como tribunal competente en asuntos marítimos militares (trierarquía, pérdidas en navegación o combate, etc.). Mediante la actividad de los epimeletas Atenas esperaba cumplir ante los confederados su promesa de contribuir a la alianza con una fuerza de doscientas trirremes.

El principal obstáculo, sin embargo, era el alto coste que el armamento naval exigía. Obviamente las *syntaxeis* no eran ya el antiguo tributo federal, con el que Atenas había sufragado los gastos de su flota, sino una pequeña



contribución de ciertos aliados; diversas medidas adoptadas para recaudar fondos (arrendamiento de los derechos de aduana, incremento de las tasas indirectas y de la presión sobre los deudores públicos) se mostraron a todas luces insuficientes para construir esa gran flota y pagar sueldos de combatientes. La solución consistió en efectuar una modificación de la *eisphora*, el impuesto extraordinario de guerra que gravaba las rentas de las categorías sociales más altas.

En líneas generales la reforma vino a eliminar el carácter excepcional de la eisfora y su distinta cuantía, según cada oportunidad, convirtiéndola en un impuesto regular anual sobre el capital; para ello se realizó una tasación global del patrimonio imponible (rentas más capital), por medio de una declaración personal verificada por los demarcas, y se fijaron baremos decrecientes de mayor a menor fortuna de modo que los ciudadanos del primer grupo (pentacosiomedimnos) pagaran el doble de eisfora que los del siguiente (hippeis), y estos últimos el triple que los zeugitas. El recuento de los valores imponibles de toda la población del Ática se acercaba a los seis mil talentos; se decidio que el nuevo impuesto tendría un alcance del uno por cien, por lo que debían recaudarse cerca de sesenta talentos anuales, a los que se añadían la cifra constante de diez talentos al año aportados por los metecos.

A efectos de la percepción de la eis-



Escena dionisíaca sobre una crátera ática
(Mediados del siglo IV a. C.)
Museo del Louvre

fora se agrupó a los contribuyentes en cien circunscripciones fiscales o *simmorías*, cada una de las cuales correspondía a un mismo cupo patrimonial —unos sesenta talentos— y pagaba la misma fracción del impuesto (unas 35 minas = 3500 dracmas). El sistema era cómodo para el estado, que controlaba y podía rectificar las declaraciones de los particulares a través de los *diagrapheis* y de los estrategos, aunque obligaba a continuas revisiones de las simmorías para corregir los desequilibrios que se producían por la movilidad y alteraciones del capital. Unos años después se agilizó la recaudación del impuesto mediante una reforma complementaria, que introdujo la llamada *proeisphora*: los miembros de la *Boulé* determinaron quiénes eran los trescientos ciudadanos más ricos de Atenas, y fueron distribuidos entre las cien simmorías en grupos de tres; cada grupo era responsable de anticipar al Estado el total de la suma correspondiente a la simmoría y debía luego recaudar por su cuenta el impuesto.

El resurgir de Tebas y el fin de la hegemonía espartana

Después de la liberación de la Cadmea, en el año 379, los tebanos emprendieron la reconstrucción de la Confederación beocia, que había quedado disuelta tras la Paz de Antálcidas. La obra de reunificación, en la que intervinieron ya Epaminondas y Pelópidas, se hizo sin la participación de los oligarcas afectos a Esparta; la confederación reagrupó a la mayoría de las ciudades beocias —excepto Orcómeno, Oropo, Platea y Tespias— y en el 374 había coronado prácticamente su labor. La confederación contaba con una asamblea popular en la que participaban todos los ciudadanos beocios y en nombre de la cual se emitían los decretos federales; sus representantes o magistrados eran los beotarcas, en número de siete, de los que tres (a menudo cuatro) eran tebanos. La aceptación de la jefatura de Tebas no condujo a la constitución de un estado beocio unitario, pero propició en cambio el refuerzo de las instituciones federales y la evolución de la política beocia hacia posiciones más incisivas.

Esparta vio con ello multipicadas sus dificultades, que se acrecentaron cuando en Tesalia el tirano Jasón de Feras acabó de imponer su supremacía con la adquisición de Farsalia (última aliada de los espartanos en la zona) y su nombramiento como *tagos* o señor absoluto de los tesalios (374). De ahí que promoviera la búsqueda de un acuerdo pacífico, que se cerró en Esparta en julio del 374 y contó con la mediación del Gran Rey y del tirano Dionisio I; el tratado fue declarado *koiné eirene*, es decir, una paz general que comprendía a todos los griegos, e incluso a Artajerjes y a Dionisio, y que consagraba de nuevo los principios de libertad y autonomía. En la práctica se trataba de una segunda paz del Rey que beneficiaba, sin embargo, a Atenas, puesto que Esparta reconocía el derecho ateniense a ejercer la hegemonía en el ámbito de la segunda confederación marítima y retiró las guarniciones que tenía aún destinadas en Beocia; a cambio la paz confirmaba el predominio de los espartanos en el Peloponeso.

En Atenas el tratado de paz se conmemoró como una gran victoria que ponía término, después de treinta años, a la humillación sufrida en el 404 (rendición de Atenas, fin de la Guerra del Peloponeso, pérdida del imperio marítimo); reconstruida la Confederación marítima y recientes todavía los triunfos navales sobre Esparta, Atenas revivía los años gloriosos del siglo V al ver reconocida en el acuerdo su nueva supremacía. Se decretaron honores para los estrategos que habían elevado la gloria ateniense, fue erigida una estatua a Timoteo, el hijo de Conón (primer ciudadano a

quien se otorgó tan especial distinción), y se construyó un altar dedicado a la Paz. Pero este tratado tuvo muy corta duración: apenas unos meses después de su conclusión, la guerra estalló de nuevo en el escenario del Adriático alentada por los espartanos y por Dionisio.

Durante dos años y medio se sucedieron las operaciones ante Zacinto y Corcira, inscritas en la Confederación marítima; Corcira fue bloqueada por tierra y mar, pero los espartanos nunca lograron tomarla. Por su parte Tebas aprovechó el conflicto entre atenienses y espartanos para consolidar su jefatura al frente de la liga beocia y separarse de hecho de la alianza que la unía a Atenas; los tebanos asediaron Platea, que capituló, y la arrasaron de inmediato, ocuparon Tespias y reclamaron Oropo a los atenienses; además emprendieron una guerra contra los focidios, que estaban protegidos por Esparta. En el verano del 371 volvió a reunirse en Esparta, a instancias de los atenienses y del Gran Rey, un congreso de todos los griegos; en él se hallaba representado no sólo Artajerjes, sino también una delegación de Dionisio I de Siracusa y otra del rey Amintas de Macedonia. Se acordó establecer una paz general sobre la base de reconocer a todas las ciudades su autonomía; se licenciaba a todas las tropas que estuviesen en campaña, Esparta accedía a retirar las guarniciones instaladas fuera de su territorio y se autorizaba a los atenienses a recuperar su antigua posesión de Amfípolis. Esta nueva paz consolidaba en definitiva la legitimidad de ambas confederaciones, la ateniense y la peloponesia, y dejaba en libertad al resto de los griegos para unirse en defensa de los principios jurados en el acuerdo o abstenerse de combatir.

Sin embargo los tebanos, que como los demás estados presentes habían prestado juramento al tratado, objetaron antes de abandonar Esparta que en el texto debía figurar no su nombre, sino el de los Beocios, cuya confederación lideraban (también Esparta había pronunciado el juramento en nombre de todos sus aliados). A esta pretensión, que hubiera supuesto el espaldarazo oficial a la liga beocia, se opusieron los espartanos, lo que motivó la retirada de los embajadores tebanos y que el nombre de su ciudad fuera borrado de entre los de los firmantes; pero con ello se rompía también el dualismo espartano-ateniense que había dominado hasta entonces la escena política de la Grecia continental.

Si Atenas decidió, para obedecer los términos del tratado, repatriar al ejército y disolverlo, los espartanos prefirieron combatir en defensa de una de las cláusulas aprobadas, la de la autonomía, contra quienes parecían haberla quebrantado: los tebanos. Se ordenó al rey Cleómbroto entrar en Beocia con un ejército peloponesio de diez mil soldados, que se hallaba estacionado en la Fócide, para deshacer la liga reconstruida por Tebas. Aunque inferiores en número (siete mil hombres), los beocios aceptaron batalla junto a Leuctra, en el territorio de Tespias; en este enfrentamiento aplicó Epaminondas por vez primera la táctica de la falange dispuesta en formación oblicua, que tan buenos resultados había de proporcionarle. Los espartanos tuvieron que comprobar cómo el ala derecha de su ejército era aplastada por un contingente selecto de los tebanos, el llamado *batallón sagrado*, dirigido por Pelópidas; cayeron 1400 lacedemonios, entre ellos el propio rey Cleómbroto, aunque lo más grave para Esparta fue que perdió a 400 de los 700 ciudadanos de pleno derecho (espartiatas) que formaban aquel día en sus filas. La batalla de Leuctra no sólo derribó de un golpe el prestigio militar de Lacedemonia, sino que además abrió, de forma espontánea, el camino directo hacia la ruina de la hegemonía espartana (junio del 371).

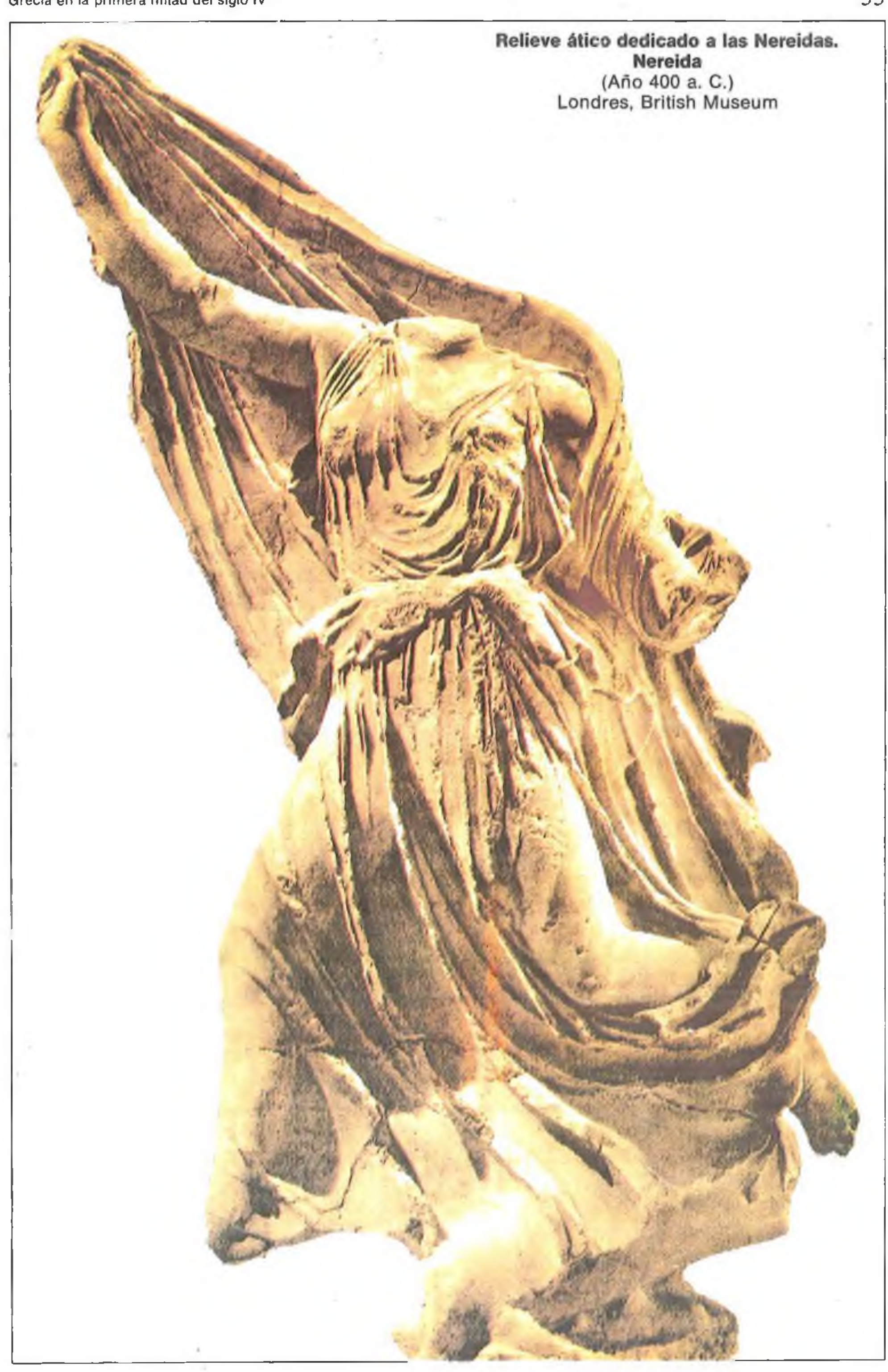
II. La hegemonía tebana y el fin de la Segunda Liga Ateniense

1. La hegemonía tebana

En lo que respecta a la defensa de su identidad, los progresos de la confederación beocia —reagrupada, como hemos visto, a partir del 379— no deben considerarse casuales, y sin duda responden tanto a la forma en que políticamente quedó estructurada como a la reorganización dada a su ejército. Para ello contó con excelentes teóricos, los cuales a su condición de estrategas unieron la de políticos y administradores y que en el ejercicio de las funciones de beotarca supieron dotar a la milicia federal de algunas técnicas de suma originalidad y eficacia.

Fue Górgidas el creador del famoso batallón sagrado, compuesto por trescientos combatientes escogidos entre los miembros de la nobleza beocia e instruidos a cargo de los fondos públicos, pero de Pelópidas partió la idea de no seguir utilizándolos separadamente, repartidos en grupos dentro del ejército, y de convertirlos en unidad de choque capaz de romper perfectamente la muralla adversaria. Epaminondas perfeccionó a su vez una nueva táctica de combate, la formación oblicua, que desguarnece el ala derecha y el centro del ejército (la caballería se encargaba de proteger esas dos zonas) y refuerza, mediante la acumulación de medio centenar de filas, el ala izquierda. Esta masa de soldados ejercía una presión fortísima sobre el flanco derecho del enemigo, en donde los griegos colocaban tradicionalmente a sus mejores hombres. Los tebanos alteraron así la disposición clásica del orden de batalla, que residía en el choque frontal de los cuerpos de infantería, e introdujeron una práctica asombrosa para el arte militar de la época: la rápida aniquilación de las mejores tropas enemigas.

Las consecuencias de la batalla de Leuctra no fueron, sin embargo, inmediatas. Esparta pudo reorganizar las fuerzas de la liga peloponesia y sólo a comienzos del 370 retirará sus ejércitos de Grecia central y, una vez en Corinto, licenciará a las tropas. En Atenas no fue bien acogida la victoria tebana, pues se recelaba de la tendencia beocia a expansionarse hacia el Ática. A finales del 371 Atenas reunió a todos los griegos que quisieran renovar las estipulaciones de la Paz del Rey referentes a la autonomía, lo que excluía evidentemente a Tebas, que siempre se había negado a aceptar dicha cláusula; acudieron delegados de numerosos estados griegos, también de Esparta, y se concertó otro *koiné eirene*: esta nueva paz general confirmaba las disposiciones de anteriores tratados, desde la Paz del Rey, y obligaba a los firmantes a prestar so-



Relieve ático dedicado a las Nereidas.
Nereida
(Año 400 a. C.)
Londres, British Museum

corro a quienes viesen peligrar su independencia. La respuesta de los griegos a esta llamada marca un fortalecimiento, más aparente que real, de la posición política ateniense.

Ciertamente el tirano Jasón de Feras, aliado de Tebas, aseguraba con el ejército tesalio el norte de Beocia, pero sus continuas conquistas y temerarios planes de acción (ocupación de la región lamiaca, control de la Amfictionía délfica, expedición a Asia Menor) alarmaron a los tebanos por la ambición que encerraban; la muerte del tirano en julio del 370 generó en Tesalia desórdenes nacionales y Tebas dejó de temer la sombra de un competidor poderoso, e incluso se permitió iniciar una expansión hacia el sur de Tesalia. Además, gracias a diversos tratados los tebanos ganaron para su causa o se aliaron con los Focidios, los Locrios, los Enianos, los Etolios, los Aqueos y con Alejandro de Feras, y fueron capaces de arrancar de la confederación ateniense a los acarnanios y a los eubeos para recibirlos como miembros asociados, con aportación militar, de la liga beocia.

Después de esto los tebanos se habían erigido ya en la tercera potencia federal del mundo griego, tras Esparta y Atenas, y se sentían en disposición de demostrar que estaban preparados para proteger con su hegemonía a los estados griegos que reclamasen ayuda. La oportunidad se presentó enseguida: la derrota espartana en Leuctra y la retirada de sus fuerzas provocó en numerosas ciudades del Peloponeso (Argos, Corinto, Sición, Élide, Arcadia) el nacimiento de movimientos populares que llegaron desde la expulsión de las guarniciones lacedemonias y de los partidarios de Esparta hasta la cruenta represión contra los ricos y la aristocracia. En cualquier caso, todos los estados proclamaron la autonomía y su derecho a los bienes de que les habían privado los espartanos.

En virtud de tales ideas las ciudades arcadias de Mantinea y Tegea tomaron la decisión de formar con todos los arcadios una confederación similar a la beocia, proyecto que acabó realizándose, aunque enfrentó entre sí a los arcadios. Esparta intervino a su vez para exigir la autonomía de Tegea y el *koinón* (liga) de los arcadios solicitó ayuda a los atenienses, pero no logró obtenerla, puesto que ello hubiera supuesto para Atenas enemistarse con los espartanos y hacer añicos la paz general del año anterior; fue entonces cuando la federación arcadia se dirigió a los tebanos y cerró con ellos una alianza.

En pleno invierno del 370/69 el ejército beocio, capitaneado por Epaminondas, llega al Peloponeso, en donde se le agregaron otros contingentes de simpatizantes y las tropas de los arcadios. Invadieron con cincuenta mil hombre Laconia y llegaron hasta los aledaños de la propia capital, Esparta. Más preocupados por el botín, el pillaje y la destrucción de las casas y los campos que por plantear batalla a los lacedemonios —éstos se habían hecho fuertes, junto con Agesilao, en los lugares más protegidos de la ciudad— los beocios y sus aliados dieron por finalizada la expedición sin haber aprovechado su indiscutible superioridad para acabar expeditivamente con Esparta.

Esta primera campaña de Epaminondas en el Peloponeso causó, sin duda, una fuerte impresión en toda Grecia por la facilidad con que había reducido a la impotencia a la disciplinada y siempre temible infantería espartana; pero los efectos que produjo tanto en el Peloponeso como en el interior de Laconia fueron asimismo graves. En el terreno de la política externa la campaña arcadio-beocia dejaba en evidencia la endeble consistencia de la antigua liga peloponesia, liderada por los espartiatas: sólo Corinto, Fliunte, Sición y Pelene habían enviado refuerzos a la asediada Esparta. Ahora bien, de auténtico desastre interno merece calificarse la in-

dependencia de Mesenia: con la protección de los beocios, los esclavizados mesenios y los hilotas fueron declarados libres e instalados por Epaminondas en el centro del territorio de Mesenia, cerca del monte Itome; la capital del nuevo estado recibió el nombre de Mesene y fue fortificada con un recinto amurallado prácticamente inexpugnable. La recién fundada Mesene se convirtió en el mejor aliado de los beocios dentro del Peloponeso; su creación significó para Esparta la pérdida de más de una tercera parte de su territorio, y precisamente de aquella que disponía de campos más fértiles y proporcionaba recursos alimenticios básicos a las familias espartiatas. La rápida disminución de la mano de obra agrícola fue otro importante revés para el estado lacedemonio, cuyo declive es un hecho irreversible después de la derrota de Leuctra.

Como resultado también de la expedición de Epaminondas tomaron su forma definitiva las instituciones centrales de la liga arcadia. Las funciones de la confederación se repartían entre una Asamblea, llamada de los Diez Mil —probablemente todos los arcadios en edad militar y que podían sufragar su armamento— y un Consejo federal, integrado por cincuenta delegados conocidos como *demiurgos*. Cada ciudad arcadia estaba representada en el Consejo, según su relevancia, por un número desigual de demiurgos (Megalópolis envía diez; Mantinea, Tegea y Orcómeno, cinco). El magistrado supremo de la confederación poseía el título de *estratego*; era elegido anualmente por la Asamblea y en sus manos acumulaba tanto el poder ejecutivo para los asuntos externos de la liga como el mando militar.

Como capital propia del *koinón* los arcadios fundaron la ciudad de Megalópolis, así llamada no sólo por su extensa superficie (370 hectáreas) y por la amplitud del territorio que se le asignó, sino también porque fue habitada por un nutrido círculo de inmigrantes venidos de todas las demás poblaciones de Arcadia. Megalópolis se convirtió en un símbolo de la unidad federal, pero estratégicamente supuso otro revés para Esparta puesto que su emplazamiento vigilaba el paso natural desde Laconia a la meseta arcadia.

La consolidación del dominio de Tebas

Ya durante la invasión tebana del Peloponeso habían convenido Esparta y Atenas en la necesidad de agrupar sus fuerzas como contrapeso de Tebas, y a solicitud de los lacedemonios mandaron los atenienses una expedición de auxilio, a las órdenes de Ifícrates, que entró hasta Arcadia y retrocedió luego al Istmo, cuando Epaminondas regresaba de Mesenia. Pero Ifícrates rehuyó el choque y no se opuso al ejército beocio. Poco más tarde, en el verano del 369, atenienses y espartanos concluyeron una alianza defensiva dirigida, obviamente, a protegerse de Tebas, en la que el mando supremo del ejército aliado cambiaba de unos a otros cada cinco días. Con la colaboración de Corinto, Fliunte y Acaya, así como la inclusión de buena parte de los hilotas, la coalición logró reunir veinte mil hombres y emplazarlos en el Istmo.

Con todo, no fue posible impedir la segunda expedición de Epaminondas al Peloponeso, en la que llevó siete mil infantes y 600 jinetes. Con ayuda de Argos, Élide y Arcadia, el general tebano rompió la barrera del Istmo y conquistó Sición y Pelene, aunque también cosechó dos fracasos ante Corinto y Fliunte. A su vez Pelópidas fue enviado por la confederación beocia a Tesalia, pues los macedonios habían intervenido en las contiendas civiles que enfrentaban a los tiranos de Feras, Farsalia y Larisa, pero su labor diplomática y militar encontró



Escena de gigantomaquia sobre un ánfora ática
(Hacia el 400 a. C.)
Museo del Louvre

numerosos obstáculos. La decepción de los tebanos se manifestó en la no reelección de ninguno de estos dos personajes como beotarcas para el año 368; acusados de traición, fueron absueltos.

La inquietud y el cansancio que dominaban a todos los beligerantes encontró una pausa en la primavera del 368 mediante la celebración de un congreso para la paz en el santuario de Delfos. La convocatoria fue realizada por enviados de Dionisio I de Siracusa y por un agente del sátrapa Ariobarzanes de Frigia (un aventurero llamado Filisco de Abidos, pródigo en el reparto de dinero) en nombre del Gran Rey. Las distintas delegaciones de los griegos aceptaban en principio el mantenimiento de los términos de la Paz del Rey y la dedicación de un fondo para reconstruir el templo de Apolo Pitio, pero no llegaron a un acuerdo respecto a la interpretación de la autonomía: los espartanos exigían, en virtud de la cláusula, la desaparición del estado de Mesenia y que se les restituyera el territorio, mientras que los tebanos se negaban a la disolución de las federaciones, estados y alianzas concertadas en los últimos años. El congreso no alcanzó ninguna meta y la falta de entendimiento entre los griegos siguió constituyendo, en el fondo, una ventaja útil para Persia.

Al margen de los esfuerzos de paz, los beocios continuaron hasta mediados del 367 con su política intervencionista en el norte de Grecia: en Macedonia se erigió Pelópidas como árbitro de las disputas al trono y condujo cincuenta rehenes a Tebas, entre ellos al futuro rey Filipo. En Tesalia Epaminondas forzó a tratar al tirano Alejandro de Feras, que perdió Farsalia y hubo de consentir en que una parte del territorio tesalio se constituyera en estado federal independiente. En el Peloponeso la liga arcadia in-

crementó su territorio a costa de la frontera septentrional de Lacedemonia y se alió con los mesenios: los espartanos eran incapaces de sacudirse las amenazas que les rodeaban, pues arcadios y mesenios se bastaron para repeler el único contraataque (368). Por suerte, aunque en el 367 Epaminondas efectuó una tercera campaña con las tropas beocias al Peloponeso, limitó sus operaciones al territorio de Acaya, en cuyo gobierno introdujo modificaciones, que fueron luego desautorizadas por Tebas.

Pero las negociaciones diplomáticas no se habían paralizado a pesar de la guerra. Los atenienses, que desde el 368 estan esforzándose por obtener la ayuda de Dionisio I de Siracusa mediante halagos y honores (la Asamblea ateniense llegó a concederle el derecho de ciudadanía), establecieron finalmente con el tirano, en la primavera del 367, una alianza defensiva que incluía un pacto solemne de no agresión. De esta forma Atenas se encontraba con que, además de Esparta, también Siracusa, la gran potencia griega de Occidente, entraba en el círculo de sus aliados; mas la seguridad que podía haber irradiado de esta entente se vino abajo cuando durante la misma estación de ese año falleció Dionisio.

Aunque ya entonces se había iniciado un nuevo acercamiento a Persia. Los espartanos habían despachado a Susa una embajada que, con la presencia del propio Antálcidas, debía renovar con Artajerjes la paz del



Ofrenda ritual ante un altar sobre una hidria ática
(Mediados del siglo IV a. C.)
Museo de Nápoles

386, y muy pronto los principales actores de la escena griega (Atenas, Tebas, Arcadia, Argos, Élide, etc.) siguieron el ejemplo. En la residencia real de Susa rivalizaron todos ellos por conseguir que el Gran Rey respaldara su política, pero fue Pelópidas, delegado de la liga beocia, el que persuadió a la corte persa e impuso sus ideas: Artajerjes promulgó un edicto real —como el redactado con motivo de la Paz de Antálcidas— por el que declaraba a Mesenia independiente, reconocía el derecho de la Élide al territorio de Trifilia (reclamado también por los arcadios, que no eran apoyados en esto por los tebanos) y decretaba no sólo que Atenas debía retirar su flota del Egeo, sino que además todas las ciudades tenían la obligación de colaborar con Tebas para hacer cumplir los puntos expresados en el edicto. Naturalmente los demás griegos no atendieron al Gran Rey y esta vez su rescripto no pasó de ser un frustrado tratado de paz, nunca ratificado (otoño del 367).

Como los beocios se habían convertido en el nuevo agente de Persia entre los griegos, en el papel que hasta entonces desempeñara Esparta, en cuanto las distintas delegaciones regresaron de Susa convocaron en Tebas otro congreso panhelénico con la intención de que el edicto de Artajerjes fuera reconocido como una paz general. Todas las ciudades presentes, comenzando por la liga arcadia, se negaron a jurar, y disuelto el congreso los tebanos todavía pretendieron, aunque sin éxito, negociar el tratado visitando estado por estado (366).

La guerra continuó, por tanto, en sus habituales escenarios. Los atenienses perdieron Oropo en la frontera beocia, pues fue tomada por el tirano de Eretria (Eubea) y entregada a los tebanos, lo que provocó el nombramiento de Timoteo como estratego y la adopción de nuevos planes. En el Peloponeso ayudaron al tirano Eufrón a recuperar Sición —pero no lograron desalojar a la guarnición tebana—, aunque el paso más importante consistió en el pacto de alianza defensiva que Atenas cerró con los arcadios: el propio Epaminondas presionó a la Asamblea de los arcadios para que no se hiciera, pero el tratado acabo siendo ratificado. Atenas era ahora aliada de Esparta y de Arcadia (que lo era de Tebas y Argos), por lo que de momento neutralizaba cualquier acción de importancia en aquel territorio y asumía una función de estado mediador. En el mar los atenienses cosecharon también indudables éxitos: autorizados por el rey Artajerjes a surcar de nuevo el Egeo e intentar la reconquista de Amfípolis, Timoteo rinde mediante asedio a Samos e instala en ella una cleruquía; luego, gana en el Helesponto las excelentes posiciones de Sesto y Critota (365).

La réplica por parte tebana se centró, en el terreno diplomático, en separar a Corinto de la amistad espartana y concertar con la ciudad del Istmo un tratado de paz, al que también se adhirieron Epidauro, Fliunte y Sición (Paz de Tebas, 365). En el campo militar Epaminondas convenció a los beocios de la necesidad de construir una flota de cien trirremes para poder luchar contra Atenas en el mar; durante todo el año 365 los astilleros tebanos, levantados en el puerto locrio de Larimna, no conocieron descanso. Las obras navales estuvieron dirigidas por un fenicio, Annóbal, hijo de Asrúbal, a quien los beocios honraron con el título de proxeno.

Las últimas conquistas y la batalla de Mantinea

Los tebanos distribuyeron sus fuerzas en el 364 en numerosas acciones. Ante las amenazas de Alejandro de Feras los tesalios habían reclamado la ayuda tebana: en la batalla de Cinoscéfalos el tirano sufrió una clara derrota, que no fue aprovechada por

el ejército beocio a causa de la muerte en el combate de su general Pelópidas. También por mar se efectuó una expedición, conducida personalmente por Epaminondas: con notable fortuna las naves beocias recorrieron desde el Helesponto al mar de Fenicia y consiguieron, sorprendentemente, que Bizancio, Rodas, Quíos y Ceos abandonaran la segunda liga marítima ateniense. Timoteo procedió con cautela: nunca ofreció combate y esperó a la desaparición de la flota de los tebanos antes de recuperar Bizancio y castigar a la isla de Ceos.

A lo largo de otra operación, antes de acabar el año, el ejército federal beocio llegó a tomar la ciudad de Orcómeno, que era miembro regular de la propia confederación, aunque sospechoso de defección. Todos los hombres recibieron muerte, mujeres y niños fueron reducidos a la esclavitud: esta decisión, que contó sin duda con la aprobación del consejo federal beocio, da perfecta idea de hasta qué extremo la desconfianza se había adueñado de las comunidades griegas y con qué facilidad se abandonaba una consigna o un aliado, o se adoptaban otros distintos, conforme se alteraba el tablero político.

Una segunda invasión de Tesalia con el ejército federal, a cuyo frente figuraban dos de los beotarcas, obtuvo resultados favorables: Alejandro de Feras fue derrotado y tuvo que pedir la paz (363); por ella perdió todas sus posesiones en Tesalia, salvo Feras, y se obligó a proporcionar tropas a los beocios. Los tesalios se convertían así en súbditos de la confederación tebana. La fortuna también sonrió a los beocios en el campo diplomático cuando, en la primavera del 363, la Amfictionía de Delfos les concedió la prioridad en las consultas a la Pitia, lo que les valió la animosidad de Atenas —que disfrutaba hasta entonces de este privilegio— y de los focidios y sería en lo sucesivo objeto de graves disputas en el seno de la administración del santuario délfico.

Pero otros sucesos, que desencadenarían la batalla final entre los griegos, se estaban desarrollando en el Peloponeso. Los arcadios habían entrado en guerra abierta con Élide en el 365 a causa de la región de Trifilia y se habían adueñado de Olimpia, cuya gestión arrebataron a los eleos y se la encomendaron a la pequeña ciudad de Pisa; en el conflicto se habían visto implicados ya los atenienses, por ser aliados de Arcadia, así como los espartanos y los aqueos por parte de la Élide. Después de los Juegos Olímpicos del 364, organizados por los pisatas, los arcadios controlaban perfectamente Olimpia y comenzaron a gastar las riquezas del santuario para pagar a sus tropas.

Pero esta resolución de intervenir el tesoro sagrado de Olimpia originó una enconada división dentro de la liga arcadia: frente a quienes la defendían por razones de conveniencia federal (Megalópolis, Tegea), la mayoría de la Asamblea arcadia, encabezada por Mantinea, la rechazó por estimarla, conforme a la tradición griega, un sacrilegio (comienzos del 362). Los jefes del bando derrotado apelaron a Tebas: un pequeño contingente expedido hasta Arcadia no hizo sino agravar las disensiones, forzando a la confederación beocia o a retirarse del Peloponeso o a una demostración de fuerza. Se decidió el envío de una gran expedición cuyo general sería Epaminondas, elegido beotarca. El ejército tebano contaba con refuerzos tesalios y eubeos, y en cuanto cruzó el Istmo tuvo a su lado a toda la Arcadia del sur, con Tegea y Megalópolis, y a las ciudades de Argos, Sición y Mesene; sus adversarios eran en esta ocasión todos los arcadios del sur, unidos en torno a Mantinea, así como Élide, Acaya, Esparta y Atenas.

Esta cuarta campaña de Epaminondas al Peloponeso sería la última

que emprendiera. Mientras las tropas lacedemonias acudían a concentrarse en Mantinea los tebanos y sus aliados trataron de sorprender a la desguarnecida Esparta, pero Agesilao volvió sobre sus pasos y defendió con éxito la ciudad; entonces, a la vista de que sus oponentes —incluido un batallón ateniense— estaban ya reunidos al sur de Mantinea, los beocios optaron por entablar combate. Fue la célebre batalla de Mantinea (comienzos de julio del 362), tácticamente muy bien planteada por Epaminondas, quien, como en Leuctra, impuso sus unidades de choque sobre el ala derecha del adversario (compuesta por los espartanos y los mantineos), mientras la caballería tebana y la tesalia mantenían a raya a los demás flancos de la formación enemiga. Pero Epaminondas murió en pleno ataque, los tebanos no supieron explotar la victoria y el subsiguiente desconcierto sirvió para que los atenienses conquistaran otra parte del campo. La batalla concluyó sin ninguna decisión, y ambos bandos se comportaron como vencedores y vencidos: erigieron un trofeo, pero solicitaron al adversario la devolución de los muertos.

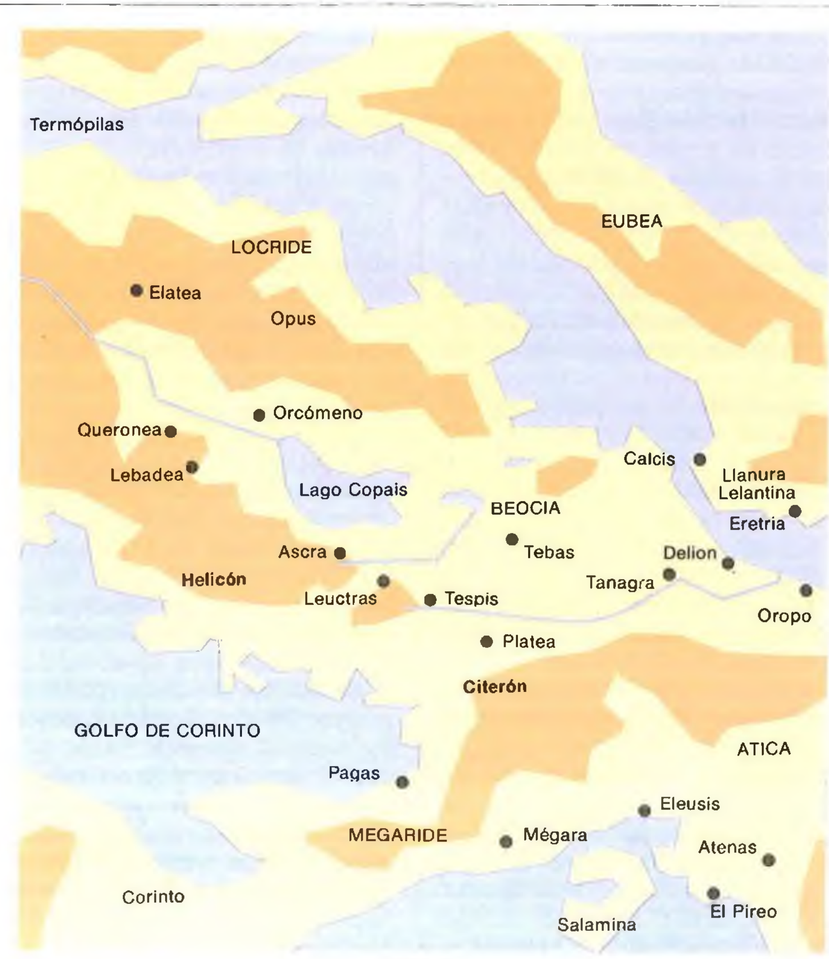
Jenofonte, que pone fin a las Helénicas con la narración de este choque, entendió acertadamente que la batalla de Mantinea marcaba un hito en la historia de su época. Todos los contendientes salían debilitados, con menor fuerza y autoridad de la que tuvieron, y ante la Hélade se abría, en su opinión, un período sombrío de incertidumbre y confusión. Tebas conservaba la superioridad militar, pero carecía de continuadores de la experiencia de Pelópidas y Epaminondas; con su obra hegemónica había alcanzado una gran influencia en Macedonia, el dominio de Tesalia y la jefatura de la confederación beocia, pero la estrechez de sus miras políticas le privaron de ejercer por mucho tiempo un papel director en los asuntos de Grecia. Sus decisiones facilitaron, a la postre, la intervención de Filipo de Macedonia y lesionaron irremisiblemente la autonomía helénica.

Ciertamente después de Mantinea aún se hicieron esfuerzos por paliar los efectos de miseria y extenuación que arrastraban consigo los continuos conflictos: en el 361 se concertó una *koiné eirene*, que sancionaba la partición de Arcadia en dos estados federales y reconocía la independencia de Mesenia. Con ello Esparta, que no consentía en renunciar a un territorio que se había anexionado en el siglo VII, se negó a participar en la paz general y continuó su particular guerra de desgaste contra los mesenios. Para los espartanos terminaba el sueño de la hegemonía, acariciado desde el 404, con una población diezmada y un estado cercenado casi por la mitad; cerrada sobre sí misma Esparta ya no ejercerá más ninguna influencia decisiva en la política griega.

Atenas, a su vez, recurrió en principio a establecer una alianza defensiva con Mantinea, Élide, Acaya y Fliunte, con lo que aseguraba su posición en el Peloponeso, y confió en la firmeza de la segunda confederación marítima. Pero los fundamentos del dominio ateniense estaban también socavados y su ruina se materializó en cuanto fue abandonada por los aliados.

2. El fin de la Segunda Liga Ateniense (362-355)

En los años anteriores a Mantinea la supremacía ateniense por mar no había sufrido ninguna amenaza seria, puesto que la expedición tebana por el Egeo en el 364 tuvo, como vimos, pocas repercusiones. Más digno de preocupación era el descontento nacido en el interior de la alianza a causa de algunas de las viejas prácticas, que se oponían sin duda a los compromisos proclamados en el decreto de Aristóteles, reinstauradas por



Beocia

Atenas: la fijación arbitraria de las *syntaxeis* por los estrategos, la dura represión dictada por la Asamblea contra las ciudades rebeldes (Paros, Ceos), la instalación de cinco cleruquías entre 366 y 362 (Samos, Quersoneso, Sesto, Critote, Potidea).

El regreso de Timoteo a Atenas activó la línea más enérgica en la expansión marítima ateniense, que se orientó desde los años 361 al 358 al norte de Grecia y al Helesponto, en donde no se pudo reconquistar Amfípolis (defendida ahora por Macedonia) y era preciso proteger las muchas posesiones amenazadas por los reyes de Tracia (de hecho se perdió Sesto y el Quersoneso). Tuvo también que hacer frente al tirano Alejandro de Feras, que con una escuadra mercenaria saqueó dos islas de la confederación marítima, Tenos y Pepareto, e incluso llegó a entrar de improviso en el Pireo: sin dar tiempo a reaccionar a los atenienses, vació los almacenes del puerto y las mesas de los cambistas. En el Adriático la ciudad de Corcira dejó la confederación a consecuencia de una revuelta promovida por los oligarcas. La posición de Atenas era día a día menos fácil, pues cada nuevo revés ponía en peligro la estabilidad de la liga y conducía a presionar a los aliados en el cumpli-

miento de sus contribuciones. Precisamente fueron numerosas, durante estos años, las multas impuestas y las sentencias de destierro o de muerte pronunciadas contra una serie de estrategos (Calístenes, Ergófilo, Leóstenes, Autocles, Menón, Timómaco, Teótimo, Cefisodoto, Calístrato) a quienes se hacía responsables de fracasos políticos o militares, algunos de los cuales habían privado a Atenas del ansiado aprovisionamiento en grano.

Pero las bases de la fuerza marítima ateniense empiezan a ceder a mediados del año 357. La llegada de los tebanos a la isla de Eubea, que había abandonado la segunda confederación después de la batalla de Leuctra, alarmó de tal modo a los atenienses —pues confiaban en la neutralidad de un territorio de donde procedía parte de su abastecimiento de cereal— que se organizó una inmediata expedición no obstante el sacrificio económico que representaba (hubo que solicitar trierarcas voluntarios para equipar trirremes); ciertamente en un mes los beocios fueron expulsados de Eubea y todas las ciudades de la isla juraron de nuevo su alianza con Atenas, mas el desgaste sufrido había sido considerable. Y este fue el momento escogido por algunos miembros de la liga marítima para consumar su secesión.

En efecto, durante aquel verano tres ciudades cuyo comercio competía desigualmente con el de Atenas en el Mar Negro a causa del control del Helesponto, Rodas, Quíos y Bizancio, resolvieron apartarse de la segunda confederación ateniense y establecieron una alianza propia, a la que pronto atrajeron a Cos, Eritras, Selimbria y Calcedón. Aunque la nueva asocación tenía un carácter defensivo y no se oponía a la confederación marítima, era prácticamente necesario que Atenas frenara la defección en masa de los principales estados aliados de la zona de Asia Menor, precisamente aquellos que contribuían con naves —no con syntaxeis— al ejército federal. Como Atenas tenía ahora puestas sus miras, después de la expedición a Eubea, en Amfípolis y Tracia, reclamó a los aliados la aportación de su cuota federal para la campaña que proyectaba en Calcídica. Quíos se negó a cumplir con este compromiso y solicitó auxilio a sus nuevos aliados (otoño del 357); estallaba así el conflicto con Atenas, la llamada «guerra de los aliados» o «guerra social».

Sin duda, hasta alcanzar esta situación se habían acumulado bastante motivos. Ya señalamos cómo Atenas cometió la equivocación de reiterar antiguos abusos en la jefatura de la liga: fijación arbitraria de las contribuciones, restablecimiento de las cleruquías, restricciones impuestas a la autonomía política y judicial de algunas ciudades aliadas, explotación en monopolio forzoso de ciertos recursos ajenos. Además, hacía ya años que el sinedrios federal había sido marginado mientras que la Boulé y el pueblo ateniense realizaban las funciones negociadoras y ejecutivas de la liga; de esta forma, a través de los decretos de la Asamblea, que obligaban también a los aliados, Atenas había equiparado los objetivos de la alianza, eminentemente defensivos, a los intereses de su política marítima. Todavía cabe añadir que la libertad comercial, que era de vital importancia para las islas y para los griegos de Asia Menor, se hallaba restringida, y las dificultades económicas, en parte responsabilidad de Atenas, generaban constantes problemas sociales. El descontento de los aliados resultó esta vez fomentado no por Esparta ni Tebas, sino por el sátrapa de Caria, Mausolo, con la complicidad de las oligarquías de las ciudades comprometidas en la revuelta.

Paradójicamente Atenas tampoco podía eludir el recurso a las armas. La flota de la liga requería anualmen-

te un fuerte desembolso, que ya no se podía cubrir con la *proeisphora* ni con el servicio de la trierarquía asumido por particulares. De ahí que en el 357 se introdujese el sistema de agrupar a los 1200 ciudadanos más ricos por simmorías —como se hacía con la *proeisphora*— para sufragar los gastos de la trierarquía: se crearon veinte simmorías trierárquicas, cada una de las cuales era administrada por un epimeleta y tenía asignada una determinada cuota naval (gastos de varias trirremes en proporción a su medios). Las continuas campañas en Amfípolis y el Helesponto, así como la expedición a Eubea, habían promovido en Atenas medidas excepcionales, pero la defección de los aliados vaticinaba que sería difícil resarcirse de tales expensas: la mejor salida consistía en someter a aquel grupo de disidentes, decretar el pago de altas contribuciones y mantener la cohesión del resto de la liga, lo que le permitiría continuar con su política en el Egeo. La guerra convenía también a los atenienses.

La realidad es que las operaciones se torcieron desde un principio para Atenas: en la primavera del 356 una primera flota ateniense de sesenta naves sufrió un revés en el asedio de Quíos y optó por retirarse hacia el Helesponto. Sus enemigos, que habían logrado reunir en Quíos una fuerza de cien trirremes, atacaron entonces las cleruquías de Imbros y Lemnos y cercaron Samos. Temerosos de que ocuparan por sorpresa otras posesiones, los atenienses establecieron guniciones en Andros y Amorgo y remitieron al Helesponto otras sesenta embarcaciones. La nueva escuadra estaba al mando de Timoteo, Ifícrates, Menesteo y Cares; cerca de Quíos, en el estrecho de Embata, avistaron al adversario: contra el parecer de sus colegas Cares presentó batalla, pero sólo obtuvo un irreparable fracaso (finales del 356). En el informe que hizo llegar a la Asamblea descargaba sobre los otros comandantes la responsabilidad de las pérdidas, lo cual costó un proceso por traición a Timoteo, Ifícrates y Menesteo.

Cares recibió en solitario el mando militar; vista la imposibilidad de recuperar la superioridad naval, prosiguió la guerra en territorio asiático con ayuda del sátrapa Artabazo, que se había levantado contra Artajerjes III. Tomó algunas ciudades de la Propóntide y derrotó al sátrapa Titraustes; pero en el verano del 355 fue llamado a Atenas, que se había plegado ante un aviso enviado por el Gran Rey: si Cares no se retiraba de Asia, Persia declararía la guerra.

En efecto, Artajerjes había concentrado una potentísima escuadra en los puertos de Fenicia y Cilicia y amenazaba con emplearla justo cuando los atenienses se hallaban al borde de la penuria; llevaban consumidos más de mil talentos, casi todos salidos del propio estado, en los dos años de lucha, y de las *syntaxeis* de los aliados no cabría esperar ni cincuenta talentos (en la confederación perseveraban sólo las ciudades e islas más pobres). De las fortunas de los particulares era muy problemático extraer nuevos fondos, y el hambre se presumía ineludible mientras durase la rebelión de Bizancio, que impedía el paso del grano póntico.

Atenas aceptó la paz y reconoció la autonomía de sus antiguos aliados: Rodas, Quíos, Bizancio, Cos, Perinto y Selimbria. La confederación marítima proseguirá su existencia notablemente disminuida, aislada. Como Esparta y Tebas, Atenas pagará su agotamiento viéndose a merced de la Macedonia de Filipo II, mientras que poco después la hábil instigadora de la división de la Hélade, la Persia de los Aqueménidas, terminará sus días por haber debilitado en exceso a los tres grandes estados del continente griego.

III. Los griegos de Occidente en la primera mitad del siglo IV

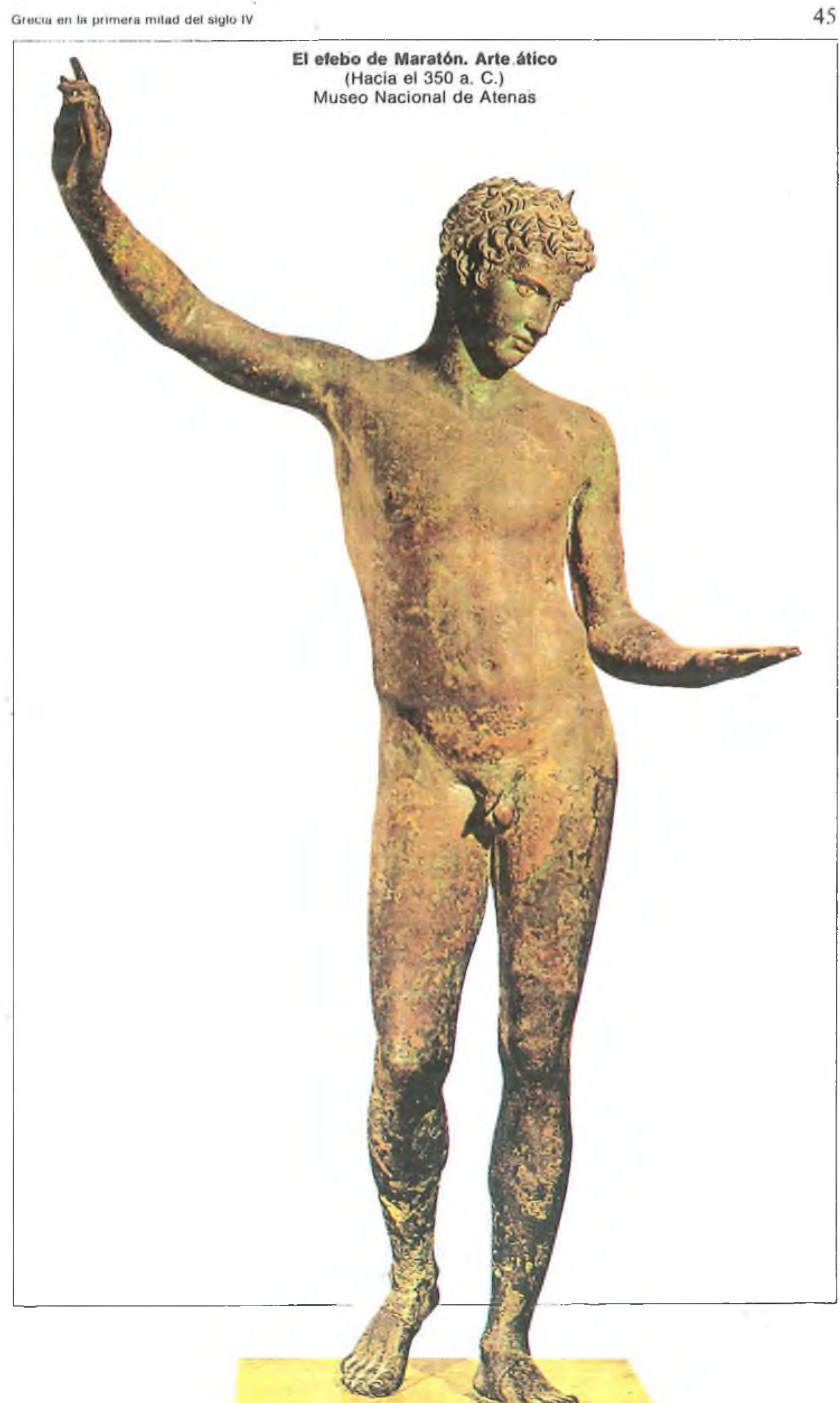
Gracias a la destacada participación que obtuvo en los principales asuntos de la Grecia continental, y a la fuerte atracción ejercida por Siracusa en la vida intelectual del siglo IV, disponemos de bastante información en las fuentes antiguas sobre la historia de Sicilia, dominada por la figura del tirano Dionisio I de Siracusa, que supo crear un poderoso estado griego en competencia con Cartago y los pueblos itálicos.

1. La época de Dionisio I

La llegada al poder de Dionisio está directamente ligada a los problemas de Siracusa para encontrar un remedio al avance de los cartagineses. Desde la batalla de Himera del 480 Cartago no había intervenido seriamente en los asuntos griegos de Sicilia; pero tras la derrota de la expedición ateniense se recrudecieron los conflictos entre las ciudades griegas de Sicilia (disputas fronterizas, expansión de Siracusa a costa de los antiguos aliados de Atenas, como Catana y Naxos). Desde Segesta y Érice, amenazadas por Selinunte, se había solicitado de nuevo la ayuda cartaginesa: en la primavera del 408 desembarcó en la isla un potente ejército, que tomó Selinunte e Himera —mal defendida por los siracusanos—; de esta forma quedó asegurado el dominio semita sobre la parte occidental de la isla y la expedición regresó a Cartago. Dos años después los siracusanos habían reconquistado Selinunte, pero Cartago envió otro ejército que tras ocho meses de asedio ocupó la rica ciudad de Acragante sin que las fuerzas de Siracusa lograran romper el cerco.

La caída de Acragante afectó hondamente a los griegos de Sicilia e Italia. En Siracusa se culpó de incapacidad a los estrategos y fueron destituidos. Entre los generales nombrados en su lugar figuraba Dionisio, joven oficial distinguido por su valor ante los muros de Acragante que desde el instante de ocupar el cargo apeló a medidas especiales —bien conocidas en la tradición de las tiranías griegas— para reforzar su prestigio: hace regresar a los desterrados, fomenta movimientos populares tanto en Siracusa como en Gela, acusa a los ricos y logra que se condene a muerte no sólo a ciertos estrategos sino también a algunos grandes propietarios, cuyos bienes confisca y utiliza para duplicar el sueldo de las tropas.

El camino final fue relativamente simple: ante la gravedad del momento, Dionisio convence a sus conciudadanos de que es preciso entregar el gobierno a una sola persona, consigue



El efebo de Maratón. Arte ático
(Hacia el 350 a. C.)
Museo Nacional de Atenas

de la Asamblea la destitución de sus colegas y su designación como estratego *autocrator* (con plenos poderes, título ya empleado por Gelón y sus sucesores en Siracusa a comienzos del siglo V para encubrir su condición de tiranos); desde este cargo se apropió, por medio de una guardia personal, de la jefatura del estado siracusano (405). Ciertamente el ejército de Dionisio tampoco acertó a frenar a los cartagineses, a los que fue cediendo terreno; los aliados itálicos del tirano regresaron a casa y en Siracusa estalló una revuelta de los caballeros en contra suya, aunque llegó a tiempo para sofocarla.

Decidido entonces a tratar con los cartagineses a cualquier precio, se encontró con que la propuesta era bien recibida por Himilcón —general cartaginés— puesto que las tropas padecían una epidemia y el asedio de Siracusa constituía, en esas condiciones y ante la inminencia del invierno, un riesgo difícil de calcular. Se convino así un tratado de paz, a finales del 405, por el que Dionisio tuvo que reconocer todas las conquistas de Cartago en la isla, permitiendo que controlara aproximadamente la mitad de Sicilia: el pueblo de los elimios y el de los sicanos pasaban a formar parte del dominio cartaginés, así como las ciudades griegas de Selinunte, Himera, Acragante, Gela y Camarina, que se hallaban obligadas a pagar un tributo a Cartago y se comprometían a no reconstruir sus defensas. Fue establecida además la autonomía de las ciudades griegas de Mesina y Leontinos, así como la libertad de los sículos, por lo que Dionisio renunciaba a las aspiraciones que siempre albergó Siracusa sobre estas poblaciones de la Sicilia oriental. Mediante tales concesiones obtenía el tirano que se respetara el territorio de Siracusa y se aceptara su régimen personal como la autoridad legítima de Siracusa.

Para fortuna de Dionisio, el ataque cartaginés afianzó en última instancia su delicada posición a la cabeza de Siracusa, en donde aún tuvo que apagar otro motín general que lo aisló en su fortaleza y estuvo a punto de derrocarlo (mayo del 403). Pero entre la paz con Cartago y los sucesos del 403 el tirano había diseñado ya toda una estrategia política, que le permitió gobernar despóticamente durante 38 años. Para las fuentes antiguas Dionisio representó uno de los modelos más clásicos de tirano griego, cuyos hechos se describían como muestra arquetípica del régimen tiránico (por ejemplo en las obras de Platón, que vivió durante un tiempo en la corte del tirano). Dionisio se rodea de mercenarios helenos y bárbaros (gentes de Campania, del Peloponeso, iberos y celtas), que a menudo le libraron de situaciones comprometidas, y reside en una fortaleza, la isla Ortigia, unida a Siracusa mediante un dique sobre el que se alzaba un gran muro flanqueado por dos bastiones. Aquí fue edificada la acrópolis, el palacio del tirano, y se habilitó un pequeño puerto transformándolo en una base naval inexpugnable, que garantizaba la salida al mar.

Sus medidas de gobierno, que poseen siempre un carácter demagógico y populista, suelen tener precedente dentro de la historia griega en las adoptadas por otros tiranos del siglo VI; las reformas que emprende tienden a fomentar su reputación como protector del pueblo frente a los ricos y a granjearle una nutrida clientela de ciudadanos afectos a su obra. Ejecutó a muchos de los grandes propietarios que se oponían a su política y luego, ante las reconvenciones de los espartanos, se conforma confiscando sus bienes; distribuye algunas de estas tierras de los ricos entre la población menesterosa; modifica las leyes sobre la ciudadanía, de suerte que pueda incluir en sus rangos a los esclavos de los ricos, tras su liberación, y formar con ellos el grupo conocido como de los *neopolitai* o «nue-

vos ciudadanos», mediante los cuales se aseguraba el dominio de la Asamblea siracusana.

Pero además gracias a la mayoría de los ciudadanos, así como a las bandas de mercenarios, Dionisio dispuso de un ejército fiel y eficaz. Para tripular la renovada flota de Siracusa —cuyos efectivos oscilaron entre 200 y 400 naves, muchas de las cuales superaban a las trirremes con una o dos filas de remeros adicionales— concedió la libertad a cientos de esclavos privados; el tirano pagaba estimables sueldos a las tropas y logró modernizar las fuerzas de tierra con la inclusión de un cuerpo de oficiales, los llamados «frurarcas», y la creación de una división de artillería, dotada con importantes máquinas de guerra. A todos los veteranos, en especial a los soldados mercenarios, que le habían servido con lealtad resolvió Dionisio recompensarlos con tierras, para lo que habilitó colonias especiales en Catana, Entela, Leontinos y Tauromenio.

Dionisio no suprimió, como tampoco lo habían hecho otros tiranos griegos, las instituciones regulares del estado: persisten las magistraturas y la Asamblea, que es convocada para decidir ciertos asuntos (declaraciones de guera, elecciones de magistrados); en el conjunto de ciudadanos y magistrados reside teóricamente la soberanía, puesto que en las monedas de la ciudad figuran los siracusanos como autoridad emisora, y el tirano era nombrado cada año estratego *aucrator*, cargo compatible con la existencia de un estado libre. Mas, en la práctica, se trata de formas aparentes: con Dionisio conoce de nuevo Siracusa una monarquía absoluta, cuyo poder será ejercido no sólo sobre una ciudad, sino sobre un gran dominio, el «reino de Dionisio», que comprende a casi toda la Sicilia griega y a varios enclaves itálicos.

La tiranía de Dionisio anticipa, sin duda, bastantes rasgos que serán propios de los reyes helenísticos: su corte encierra mayor similitud con la de los monarcas macedonios —en la que se miran los futuros soberanos del Helenismo— que con las de los antiguos tiranos griegos. Siempre rodeado de consejeros y amigos, Dionisio se apoya en sus dos hermanos para las tareas de gobierno; vive con dos esposas y numerosos familiares, por lo que en su círculo no faltan las intrigas propias de una corte oriental. Rechazaba el nombre de tirano, bien que fuera consciente de haber creado un imperio personal: pero es ante todo su carácter de jefe militar, por encima de su condición de tirano, el que iguala su figura a la de conquistadores como Filipo y Alejandro, con quienes posee otros puntos en común. Es cierto que Dionisio no se interesó mucho en proteger las letras y las artes, mas precisamente sobresale como Mecenas de las ciencias aplicadas en cuanto que de ellas puede extraer ventajas bélicas: la arquitectura e ingeniería militares, mecánica y balística, tales son los trabajos que promueve (al igual que ocurrió en Macedonia).

Los resultados de este interés se apreciaron, en primer lugar, en Siracusa, a la que el tirano protegió a partir del año 401 con un amplio cinturón defensivo de fortificaciones; la principal de ellas fue el muro que rodeaba la meseta de las Epípolas —terreno que tuvo gran importancia durante el asedio ateniense a Siracusa—, para cuya ejecución empleó, parece ser, sesenta mil obreros y seis mil parejas de bueyes. La red de amurallamientos y los dos puertos de la ciudad, que permitían transportar en la flota a una parte del ejército para golpear al enemigo por los flancos, convirtieron a Siracusa en una plaza de sólida defensa, pero que admitía emprender efectivos contraataques (táctica de Atenas durante la Guerra del Peloponeso gracias a los Largos Muros y al Pireo).

Naturalmente que un estado como

el de Dionisio debía soportar inmensas cargas, que demandaban la provisión de fondos de distinto origen al erario. El botín de guerra proporcionaba importantes sumas, y en él entraban desde el saqueo de santuarios (el de Pirgos, en Etruria, rindió mil talentos; el de Hera del cabo Lacinio ciento veinte) hasta la venta de comunidades enteras y la incautación de sus tierras para entregarlas a colonias militares. Pero también los ciudadanos acomodados de todas las ciudades dependientes del tirano debieron soportar el peso de tributos directos que alcanzaban una quinta parte del capital o del valor de los bienes raíces; e incluso el tirano instituyó a su favor la tutela oficial de todos los huérfanos, a fin de disponer sin restricciones del patrimonio de aquéllos.

A partir del 398, y durante seis años, Dionisio sostuvo en Sicilia dos campañas intermitentes contra los cartagineses, que cerró con un tratado de paz (392) por el que Cartago conservaba toda la punta occidental de Sicilia, mientras que el resto de la isla, comprendidos los pueblos indígenas y las ciudades griegas, pasaban a dominio de Siracusa; los sículos regresaron, por tanto, al reino de Dionisio. A patir de ahora el tirano redistribuyó la población de las distintas ciudades sicilianas al objeto de integrar en nuevas comunidades a los habitantes griegos e indígenas; evacua a unos hasta Siracusa y en su lugar establece a los veteranos del ejército y permite la incorporación de griegos



Belerofonte y la Quimera sobre una crátera italiota (Detalle) (Mediados del siglo IV a. C.) Museo de Nápoles



de Italia y de Naupacto. Así se hace con Camarina, Catana, Gela, Leontinos, Mesina, Naxos y Tauromenio; las ciudades disfrutaban de autonomía para decretar leyes y disponer de tribunales propios, pero pagaban tributo y estaban ocupadas por una guarnición.

Entre los años 390 y 386 Dionisio engrandeció su imperio mediante la conquista de varios territorios en la Magna Grecia. Venció a la llamada liga italiota —compuesta por Caulonia, Crotona, Elea, Metaponto, Síbaris, Regio y Turios para defenderse de los ataques de samnitas y lucanos—

en la batalla de Eléporo (389), para lo que hubo de aliarse con los lucanos y los locrios; luego tomó Caulonia, Hiponio y Regio (386), lo que le permitió controlar el estrecho de Mesina desde ambas orillas. En la ciudad de Locros estableció Dionisio la capital de sus dominios itálicos.

Pero a continuación la flota de Siracusa se aventuró en los dos mares que rodean Italia. En el Tirreno ocupó las islas Lípari, antigua posesión de Regio, situó una guarnición en Córcega, saqueó Pirgos y el territorio de Agila, en la Etruria meridional. Pero fue en el Adriático en donde Dionisio fundó numerosas colonias para aprovechar mercados hasta entonces desdeñados por los griegos; entre ellas destacan las factorías de Ancona, Adria e Isa, cuyo comercio se basaba en el trigo, la madera, los metales y el ámbar, y en la costa iliria el fuerte de Lisos, desde donde defendió los derechos de su protegido Alcetas al trono del Epiro.

Desde el 383/82 Dionisio hizo frente en Sicilia e Italia a otra guerra contra Cartago, cuya duración exacta desconocemos; terminó con un tratado de paz, concertado entre 376 y 374, favorable a la metrópoli africana: la frontera entre cartagineses y siracusanos avanzaba hasta el río Halico; Dionisio cedía además parte del territorio de Acragante, Terma y Selinunte, y pagó a sus adversarios una indemnización de mil talentos, aunque conservó Crotona, que había conquistado en el 379. Otro conflicto estalló en el 368/67 entre Siracusa y los cartagineses, pero el tirano murió a los pocos meses.

Su campo de acción no se redujo, con todo, a Sicilia e Italia, pues Dionisio intervino a menudo, como hemos advertido en las páginas anteriores, en los asuntos generales de Grecia. Fue aliado de los lacedemonios durante la hegemonía de Esparta y en la guerra de Corinto contribuyó con algunos navíos, que ayudaron a Antálcidas a imponer la Paz del Rey; remitió también doce embarcaciones para el asedio de Corcira (374). El tirano fue también principal impulsor del tratado del 374, que renovaba la Paz del Rey, y de la paz general convenida en Esparta en el 371, poco antes de la batalla de Leuctra. Favoreció a Alcetas como rey del Epiro, se mostró dadivoso con los grandes santuarios griegos (Olimpia, Delfos) por razones de prestigio y para limitar la influencia tesalia en la Amfictionía pítica. Meses antes de morir mejoró sus relaciones con Atenas: una tragedia escrita por el tirano recibió el primer premio en el concurso de las Leneas, y la Asamblea otorgó a Dionisio y a sus dos hijos el derecho de ciudadanía y una corona de oro. Acto seguido, negoció con Atenas una alianza defensiva, que tuvo efímera vigencia.

Dionisio el Viejo fue un tirano pragmático, gracias a cuya capacidad militar Sicilia y Magna Grecia resistieron las ofensivas de los cartagineses, aun a costa de sacrificar su autonomía. Ciertamente los súbditos del tirano carecieron de libertad política, pero al amparo de la seguridad proporcionada por la flota siracusana revivieron un período de esplendor comercial; con el control del estrecho de Mesina y de la costa itálica del Adriático, Siracusa se convirtió en el más importante distribuidor de productos griegos en el Mediterráneo occidental.

2. Los continuadores de Dionisio I

Su obra fue en parte continuada por su hijo, Dionisio II o Dionisio el Joven, aunque no lograra mantenerla demasiado tiempo. Cerró la paz con Cartago y decretó una amnistía, que facilitó el regreso de los desterrados y puso en libertad a los prisioneros políticos; continuó la política colonial en el Adriático, reconstruyó Regio —

a la que llamó Febia— y repobló Naxos y Tauromenio. Pero Dión, uno de los familiares de Dionisio, que había sido expulsado de Siracusa y privado de sus bienes, aglutinó a los adversarios del tirano, reunió una escuadra con ayuda de varias ciudades griegas y regresó a Sicilia; en menos de dos años Dión derrotó a Dionisio y se hizo con su palacio y con el poder (355). Dión no se ganó el apoyo de la aristocracia, por no haber disminuido las cargas tributarias —necesitaba pagar a sus tropas—, ni el del pueblo, que esperaba un reparto de tierras. Una conjura acabó pronto con su vida en el año 354/53; y al abrigo de la confusión que se creó en Sicilia, fatigada por levantamientos populares y aventureros, Dionisio II regresó de Italia y recuperó Siracusa en el 347, aunque fue vencido de nuevo en el 344 por Timoleón, el liberador llegado de Corinto, y enviado a la antigua metrópoli, en donde el tirano vivió hasta su muerte como simple particular. La obra de Timoleón como regente de Siracusa y su tarea para devolver la autonomía política a las ciudades sicilianas pertenece a otro capítulo de la historia de los griegos de occidente.

3. Consideración final

En el año 355 Atenas reconoció, sometida al ultimátum pronunciado por Artajerjes III, la independencia de sus más poderosos aliados, lo que condujo a la práctica desaparición de la segunda confederación marítima. Atrás quedaban todos los esfuerzos desplegados por las grandes ciudades griegas para construir, según su criterio, un sistema hegemónico que proporcionara a la Hélade una cobertura de unidad y autonomía. ¿Pero se intentó realmente en algún momento extender tales beneficios al conjunto de todos los griegos? De ninguna manera; Esparta, Atenas y Tebas buscaron sólo la forma de establecer un dominio propio duradero, de instalar regímenes adictos a sus intereses, aun a costa prcisamente de subyugar a una parte de los helenos y de entregar a las ciudades de Asia Menor a merced de los persas.

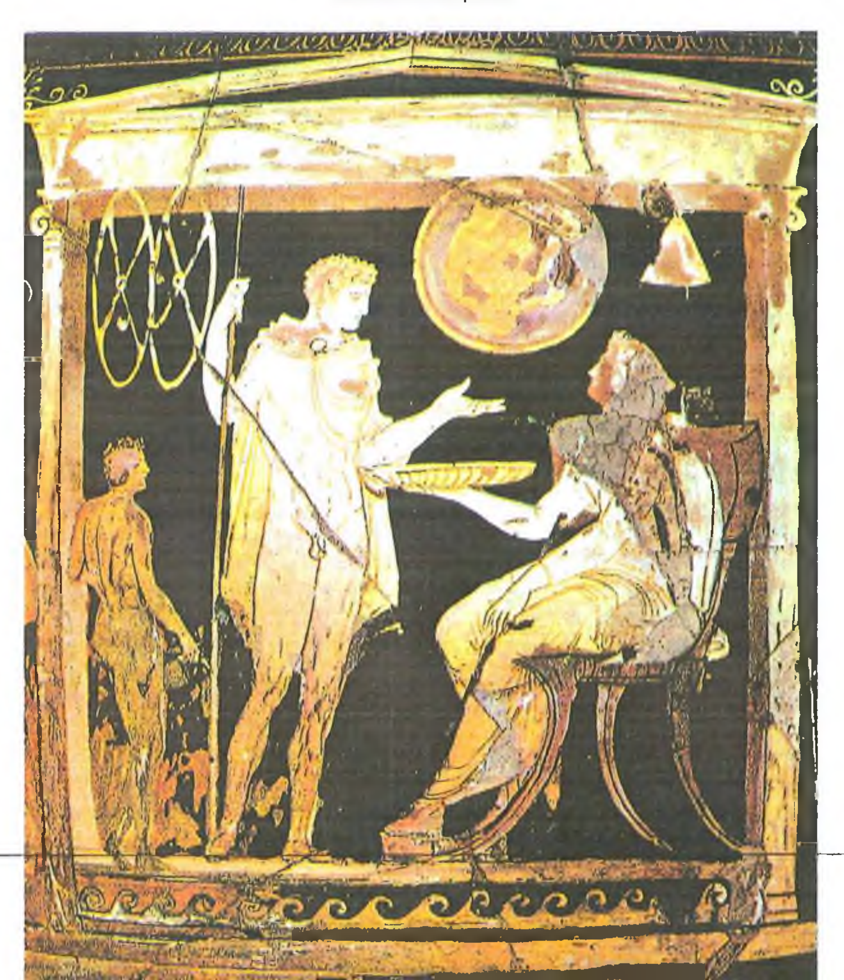
Por haber sido el principal beneficiario de la Guerra del Peloponeso, el Imperio Persa se erige a lo largo de estos primeros decenios del siglo IV en el director de la escena política griega. Su papel se reduce a menudo a permitir el desgaste continuo de las grandes ciudades e imponer a su debido tiempo, por medio de alianzas y dictados de paz, la reconstrucción del frágil equilibrio entre los estados: apoya la supremacía de aquella potencia (Esparta, Atenas, Tebas) más cercana a su influencia, obstaculiza la fundación de ligas o federaciones, mantiene la fragmentación y el aislamiento. No obstante las disensiones que tradicionalmente surgían entre las distintas satrapías y su presunta falta de entendimiento con el poder central, según reflejan las fuentes griegas, lo cierto es que en los momentos decisivos fueron los sátrapas de Asia Menor quienes mejor encauzaron las ambiciones y proyectos de los griegos en beneficio del Gran Rey.

Los sucesos habidos en Grecia desde la guerra de Corinto (395) hasta la batalla de Mantinea (362) constituyen, desde luego, una nueva y definitiva Guerra del Peloponeso, un último gran conflicto en que se debate la autonomía, cuyo corolario resulta bien conocido: ruina y empobrecimiento de Grecia, estabilización de Persia, irrupción de Macedonia. Los hitos de esta contienda los marcan episodios tales como la fundación de la segunda liga ateniense, las batallas de Leuctra y Mantinea; después de éstos se altera la composición de las alianzas y el protagonismo militar puede cambiar de manos, aunque los personajes seguirán siendo los mismos. Pues se trata sólo de efímeros triun-

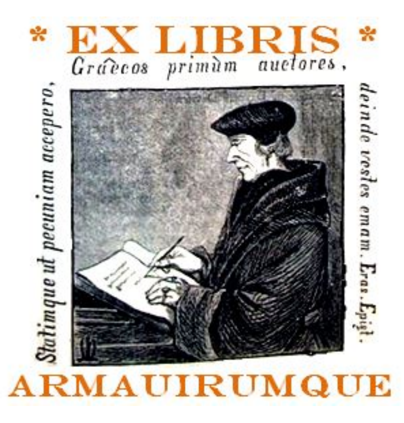
fos, porque en la lucha final vence claramente Persia: los varios tratados jurados como *koiné eirene* por gran parte de los griegos representan cortos interludios durante los que reina la paz «persa» y que, como la Paz de Nicias en la otra Guerra del Peloponeso, estaban lamados a cesar en cuanto entrara en juego la conveniencia de fortalecer las alianzas propias frente a la autonomía ajena.

¿Debe acabar aquí, en el 355, la historia de la Grecia independiente, como sugirió Eduard Meyer? Es evidente que la Hélade perdió esa guerra y que un agotamiento generalizado paralizaba la eficacia de cualquier medida, pero tampoco cabe ignorar las notables innovaciones efectuadas en el terreno social e institucional: algunas de ellas, como las confederaciones beocia y arcadia o las reformas fiscales atenienses, han quedado expuestas; el resto de los grandes problemas de la sociedad del siglo IV serán abordados en el cuaderno dedicado a las condiciones de la vida social, política y económica y su reflejo en los pensadores griegos contemporáneos. Pero realmente tales esfuerzos no bastaron para conservar la independencia cuando, poco más tarde, Filipo de Macedonia se propuso afirmar su dominio sobre Grecia entera.

Escena de homenaje a un difunto sobre un ánfora italiota
(Mediados del siglo IV a. C.)
Museo de Nápoles



Bibliografía



Obras de carácter general

Cloché, P.: *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 av. J.-C.*, Paris 1934.

Ehrenberg, V.: *Polis und Imperium*, Stuttgart-Zürich 1965.

Hampl, F.: *Die griechischen Staatsverträge des 4. Jahrh. v. Chr. Geb.*, Leipzig 1938.

Isager, S. - Hanse, M.H.: *Aspects of Athenian Society in the Fourth Century B.C.*, Odense 1975.

Larsen, J.A.O.: *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford 1968.

Mossé, C.: *La fin de la démocratie athénienne*, Paris 1962.

Roux, G.: *L'Amphictionie, Delphes et le temple d'Apollon au IV siècle*, Lyon 1979.

Ruschenbusch, E.: *Untersuchungen zu Staat und Politik in Griechenland vom 7.-4. Jh. v. Chr.*, Bamberg 1978.

Ryder, T.T.B.: *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford 1965.

Sordi, M.: *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma 1958.

Starr, Ch. G.: «Greeks and Persians in the Fourth Century B.C. A Study in Cultural Contacts before Alexander». *Iranica Antiqua* 11, 1976, pp. 39-99; 12, 1977, pp. 49-115.

Ténékides, G.: *La notion juridique d'indépendance et la tradition hellénique. Autonomie et fédéralisme aux V-IV siècles av. J.-C.*, Atenas 1954.

Westlake, H.D.: *Thessaly in the Fourth Century B.C.*, Londres 1935.

Will, Ed. - Mossé, C. - Goukowsky, P.: *Le monde Grec et l'Orient, II. Le IV siècle et l'époque hellénistique*, París 1975.

El período de la hegemonía espartana

Accame, S.: *Ricerche intorno alla guerra conrinzia*, Turín 1951.

Bockisch, G.: «Die sozialökonomische und politische Krise der Lakedaimonier und ihrer Symmachoi im 4. Jahrhundert», en E.C. Welskopf (edit.), *Hellenische Poleis*, 1, Berlin 1974, pp. 199-230.

Callmer, C.: *Studien zur Geschichte Arkadiens*, Lund 1943.

Cawkwell, G.L.: «Agesilaus and Sparta» *CQ* 26, 1976, pp. 62-84.

Forrest, WG.: *A History of Sparta 950-192 B.C.*, Londres 1968.

Funke, P.: *Homonoia und Arche. Athen und die griechische Staatenwelt vom Ende des Peloponnesischen Krieges bis zum Konigsfrieden (403-387/6 v. Chr.)*, Wiesbaden 1980.

Griffith, G.T.: «The Union of Corinth and Argos (392-386 B.C.)», *Historia* 1, 1950, pp. 236-256.

Hamilton, C.D.: *Sparta's Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War.*

Kagan, D.: «The Economic Origins of the

Corinthian War (395-387 B.C.)», *PP* 16, 1961, pp. 321-341.

Lehmann, G.A.: «Spartas Arché und die Vorphase des Korintischen Krieges in den Hellenica Oxyrhynchia», *ZPE* 28, 1978, pp. 109-126; 30, 1978, 73-93.

Oliva, P.: *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid 1983.

Perlman, S.: «The Causes and the Outbreak of the Corintian War», *CQ* 14, 1964, pp. 64-81.

«Athenian Democracy and the Revival of Imperialistic Expansion at the Beginning of the Fourth Century B.C.», *CPh* 63, 1968, pp. 257-267.

Rice, D.G.: «Why Sparta failed. A Study on Politics and Policy from the Peace of Antalkidas to the Battle of Leuctra», *Diss.*. Yale Univ. 1971.

Seager, R.: «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism, 396-386 B.C.», *JHS* 87, 1967, pp. 95-115.

«The King's Peace and the Balance of Power in Greece, 386-362 B.C.», *Athenaeum* 52, 1974, pp. 36-63.

Sinclair, R.K.: «The King's Peace and the Employment of Military and Naval Forces, 387-378», *Chiron* 8, 1978, pp. 29-54.

Smith, R.E.: «Lysander and the Spartan Empire», *CPh* 43, 1948, pp. 145-156.

«The Opposition to Agesilaus' Foreign Policy, 394-371 B.C.», *Historia* 2, 1953-1954, pp. 274-284.

Zahrnt, M.: *Olynth und die Chalkidier.*, Munich 171.

Atenas y la segunda liga marítima

Accame, S.: *La lega ateniese del secolo IV A.C.*, Roma 1941.

Cargill, J.: *The Second Athenian League. Empire or free alliance*, Berkeley 1981.

Cawkwell, G.L.: «Notes on the Social War», *C&M* 23, 1962, pp. 34-49.

«The Foundation of the Second Athenian Confederacy», *CQ* 23, 1973, pp. 47-60.

Hansen, M.H.: *Eisangelia. The Sovereignity of the People's Court in Athens in the Fourth Centruy B.C. and the Impeachment of Generals and Politicians*, Odense 1975.

Jordan, B.: *The Athenian Navy in the Classical Period. A Study of Athenian Naval Administration and Military Organization in the Fifth and Fourth Centuries B.C.*, Berkeley 1975.

MacKendrick, P.: *The Athenian Aristocracy 399 to 31 B.C.*, Cambridge, (Mass.) 1969.

Pecorella Longo: *«Eterie» e gruppi politici nell'Atene del IV secolo A.C.*, Firenze 1971.

Ruschenbusch, E.: «Die athenischen Symmorien des 4. Jh. v. Chr.», *ZPE* 31, 1978, pp. 275-284.

Sealey, R.: «Athens after the Social War», *JHS* 75, 1955, pp. 74-81.

Strasburger, H.; «Trierarchie», *RE* VII A, col. 106-116.

Thomsen, R.: *Eisphora. A Study of Direct Taxation in Ancient Athens*, Copenhagen 1964.

Woodhead, A.G.: «Chabrias, Timotheos and the Aegean Allies, 375-373 B.C.», *Phoenix* 16, 1962, pp. 258-266.

Zimmermann, H.D.: «Der Zweite Attische Seebund, en E.C.». Welskopf (edit.), *Hellenische Poleis*, 1, Berlin 1974, pp. 188-198.

La hegemonía tebana

Beister, H.: «Untersuchungen zu der Zeit der thebanischen Hegemonie», *Diss. München* (Bonn) 1971.

Bersanetti, G.M.: *Pelopida*, Pavia 1949.

Braunert, H. - Petersen, T.: «Megalopolis: Anspruch und Wirklichkeit, *Chiron* 2, 1972, pp. 57 ss.

Buck, R.J.: *A History of Boeotia*, Edmonton, Alberta, 1979.

Buckler, J.: *The Teban Hegemony, 371-362*, Cambridge (Mass.) 1980.

Cawkwell, G.L.: «Epaminondas and Thebes», *CQ* 22, 1972, pp. 254-278.

Fortina, M.: *Epaminonda*, Turín 1958.

Lanzillotta, E.: «La fondazione di Megalopoli», *RSA* 5, 1975, pp. 25-46.

Léveque, P. - Vidal-Naquet, P.: «Epaminondas pythagoricien et le problème tac-

tique de la droite et de la gauche», *Historia* 9, 1960, pp. 294 ss.

Roebuck, C.: *A history of Messenia from 369 to 146 B.C.*, Chicago 1941.

Roesch, P.: *Thespies et la Confédération béotienne*, París 1965.

Wiseman, J.: «Epaminondas and the Theban invasions», *Klio* 51, 1969, pp. 177 ss.

Los griegos de Occidente

Berve, H.: *Die Tyrannis bei den Griechen, I-II*, Munich 1967.

Blois, L. de: «Dionysius II, Dion and Timoleon», *Mededelingen van het Nederlands Institut te Rome* 40, 1978, pp. 113-149.

Braccesi, L.: *Grecità adriatica. Un capitolo della colonizzazione greca in occidente*, Bolonia 1977.

Mossé, C.: *La tyrannie dans la Grèce antique*, París 1969.

Stroheker, K.F.: *Dionysios I. Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden 1958.

«Sizilien und die Magna Graecia zur Zeit der beiden Dionysii», *Kokalos* 14-15, 1968-1969, pp. 119-131.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*